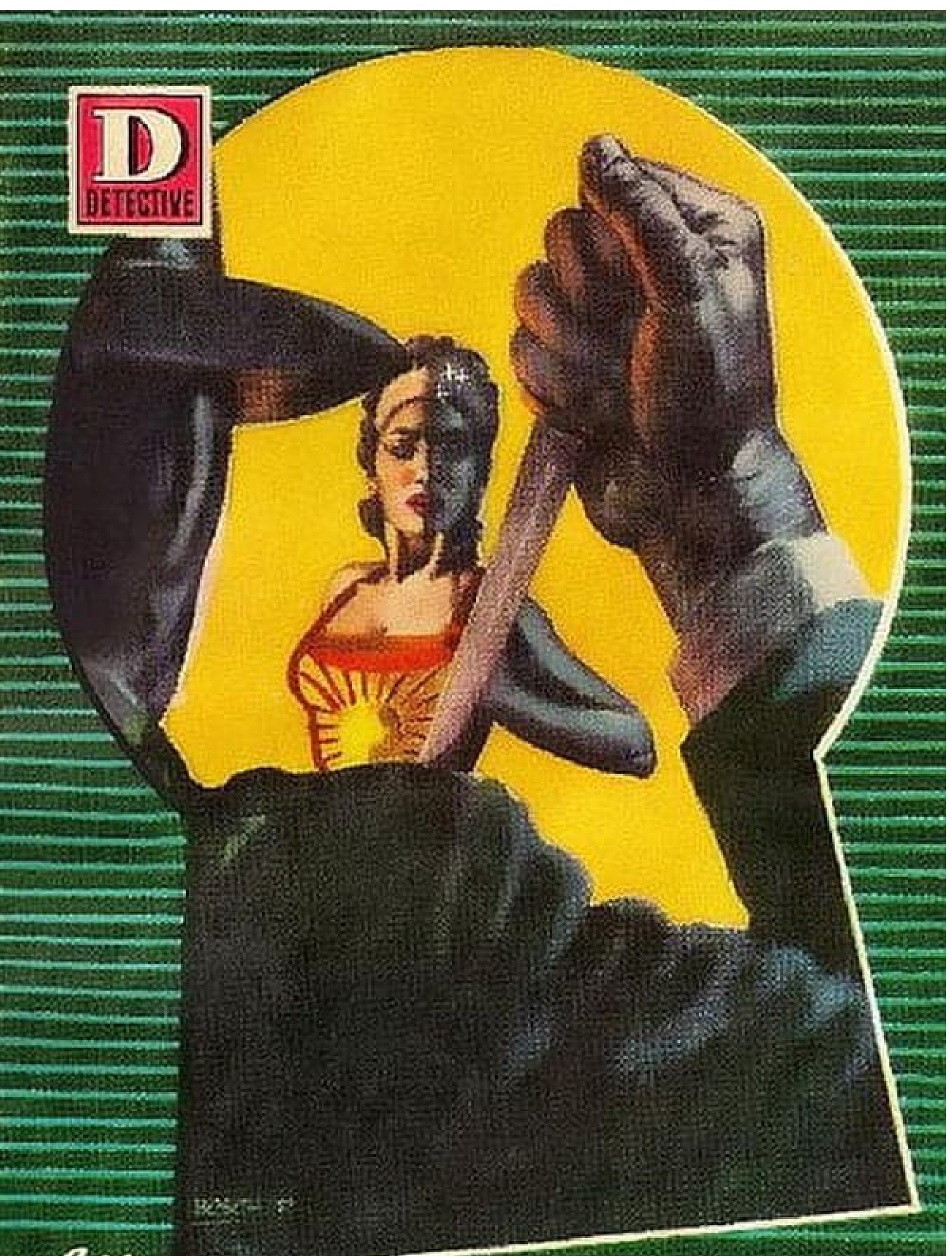


Geo Dugan

LAS SIETE SIRENAS

«Las máquinas repicaban con exasperante monotonía», pensó James Benton, mientras iba colocando los rectángulos de papel carbón entre las hojas: el original y dos copias.

Sin embargo, estaba ya acostumbrado, puesto que llevaba cuatro años en aquella oficina, donde ingresó a los diecinueve como auxiliar de contable.

El rodillo alisó las cinco láminas, y James Benton escribió procurando absorberse en la tarea. A un lado, la clase de arroz, el producto básico de la industria de Arkansas. Al otro, en las columnas impresas, la última tarifa, precio especial para aquellos antiguos clientes del Norte.



Geo Dugan

Las siete sirenas

Detective - 45

ePub r1.0
LDS 17.07.18

Título original: *Seven sirens*
Geo Dugan, 1953
Versión Castellana de: A. Martín
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




Las siete sirenas
por GEO DUGAN
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

«Las máquinas repicaban con exasperante monotonía», pensó James Benton, mientras iba colocando los rectángulos de papel carbón entre las hojas: el original y dos copias.

Sin embargo, estaba ya acostumbrado, puesto que llevaba cuatro años en aquella oficina, donde ingresó a los diecinueve como auxiliar de contable.

El rodillo alisó las cinco láminas, y James Benton escribió procurando absorberse en la tarea. A un lado, la clase de arroz, el producto básico de la industria de Arkansas. Al otro, en las columnas impresas, la última tarifa, precio especial para aquellos antiguos clientes del Norte.

Las seis máquinas producían en su tecleo, un acorde que llegaba a ser adormecedor, como el zumbido de un moscardón.

Como en la tarde de ayer, cuando en el bosque todo olía a resina y miel. ¡Qué preciosa era aquella francesita!

—¿Puedo aspirar a obtener su atención, Jimmy?

Arrancado bruscamente de su evocación, James Benton se puso precipitadamente en pie.

Abraham Burns, el jefe contable, tenía accesos de humorismo.

—Venga conmigo, jovencito. Tenemos que hablar.

—Sí, señor. Enseguida, señor.

Reunió apresuradamente los albaranes y cartas con sus copias, molesto ante las sonrisas con qué los otros cinco empleados, le veían hacerse un lío con las hojas caídas, y pretender, tras recogerlas, colocarlas donde correspondía en la carpeta, mientras Abraham Burns volvía a estar en su despacho.

Corrió, frenando cuando estaba ya en el umbral. Cerró suavemente tras él, avanzando hacia la mesa.

Burns alzó sus gafas, que quedaron adheridas a su frente en vez de colgar de la afilada punta de su nariz.

—Siéntate, jovencito. No te he llamado para asuntos del trabajo, aunque indirectamente existe una íntima relación. Como tu padre estará en las nubes, como siempre, prefiero tomarme la libertad de hablarte yo. Tengo cierto derecho, ¿no?

—Sí, señor.

—Mi hermana tuvo la torpeza de casarse con tu padre, pero ya se lo reproché a su debido tiempo. Además, he de admitir que siendo como es, tu padre se portó bien con Alicia. La pobre no murió apenada, sino feliz, creyendo que entre tu padre y yo, haríamos de ti un gran hombre. No bajes la vista, jovencito. Si en las horas de trabajó no tengo por costumbre dedicarme a asuntos privados, estimo que en interés de nuestra casa, de este negocio en el que llevo treinta años de servicio, ha llegado la hora de sermonearte.

—Sí, señor.

—En eso eres como tu padre. Le das la razón a todo el mundo, pero haces lo que se te antoja. Hasta hoy te consideró un trabajador modelo. Veamos, jovencito, ¿no hay nada que tengas que contarme?

—No, señor.

—¡Tan mulo obstinado y terco como tu padre! «Sí, señor. No, señor»… ¿Tendré que hablarte yo de tu escandaloso comportamiento?

—Sí, señor.

—¡A mí no me engaña tu simpatía ni tu sonrisa, jovencito! Así empezó tu padre…

—Se lo ruego respetuosamente, tío. Deje a papá fuera de esto.

—¿Ah, sí? Si él es incapaz de discernir entre lo sensato y la locura, yo no… ¿Qué te propones, Jimmy? Estoy hablando de quien tú sabes.

—No sé de quién me habla, tío.

Abraham Burns se bajó las gafas con energía. Dirigió la vista a su mesa.

—Vuelva a su trabajo, James Benton. Este mediodía, al salir vaya directamente a su casa. Me encontrará esperándole en la calle.

—Sí, señor.

El resto de la mañana, James Benton se aplicó en la tarea. A las

doce y media, dejó todo en orden y preparado para reanudar el trabajo a las tres.

En la calle, la primavera triunfaba. Arkansas City, monótona y provinciana, lo era con melancolía de octubre a fines de marzo.

Pero cuando abril vencía, hasta el Mississippi ya no parecía ser recorrido por barcazas con ganado, trigo, arroz y maquinaria, sino un romántico río de postal.

Tarareó entre dientes:

«Tienes un tesoro, Jimmy,
tu juventud, tu juventud…».

La tonadilla, favorita de su padre, el poeta cantor de Arkansas. Un barítono sin igual, y había heredado su voz.

En tierra como los Ozaks, al Este del río, donde el canto es venerado como un ejercicio divino de las facultades humanas, reconocían que Sidney Benton, había sido uno de los mejores barítonos de toda Arkansas, que era como decir del mundo entero.

Una leve afonía… No, no era el abuso del aguardiente de maíz como pretendía tío Abraham, lo que había terminado con la voz de oro de Sidney Benton.

Evitó repetidamente de mirar el barco anclado en Rock Point, en las afueras. Era mortificante saber que allí estaba Manon…

Y que enfrente, ante el porche, le esperaba tío Abraham.

—No has tardado, jovencito. ¿Estará despierto tu padre?

—Sí, señor.

Abrió la puerta, apartándose para ceder el paso a su tío.

Una voz algo ronca, cantaba al fondo del corredor:

«No me olvides, no me olvides,
linda Margarita»…

—¡Padre!

La voz dejó de ganguear.

—Hola, Jimmy. Estoy terminando con la salsa, y se me ha hecho tarde. Tendrás que poner la mesa.

—Padre, está aquí tío Abe.

Abraham Burns ya había entrado en el pequeño comedor. Pero oyó perfectamente al que saliendo de la cocina, replicaba:

—Siempre reproché a tu madre haber elegido a un hermano como Abe.

James Benton cogió como acostumbraba la diestra paterna, y la besó. Desde niño, le había enseñado así Alicia Burns.

Sidney Benton se quitó el delantal que rodeaba su talle, y en pijama, desnudos los pies, entró en el comedor.

Abraham Burns miró aviesamente los pies desnudos.

—¿Qué pasa? Míralos como quieras, pero están más limpios que los tuyos. El contacto directo con la madre tierra, comunica al cerebro la radioactividad. Si tienes sed, bebe, y si quieres fumar, ahí tienes el tabaco. Si quieres comer, en la cocina te guisas lo que te apetezca.

—He venido a hablarte de Jimmy.

—Un tema que me encanta.

—Lo dudo. Tú no estás tan loco como pretenden, Sidney. Le hiciste una promesa a Alicia y la has de cumplir…

—La cumplo, puesto que Jimmy trabajaba a tus órdenes. No me está gustando tu tono, Abe.

—Ni a mí lo que está sucediendo. ¿Sabes dónde estuvo tu hijo ayer tarde?

—Ayer tarde era domingo por la tarde. ¿Qué quieres tú, tirano? ¿Que el chico quebrante el descanso dominical sumando arroz?

—El viernes por la noche y el sábado por la noche, ¿dónde estuvo tu hijo?

Sidney Benton miró a su hijo.

—¿Qué le pasa a tu jefe?

—No sé, papá.

—¡Maldita sea! ¡Hablaré yo, joven Benton! ¿Es cierto o no, que el viernes, entre ocho y nueve, y a la misma hora el sábado, estuviste en el Mirador de Rock Point, bebiendo en compañía de una descocada extranjera?

—Estuve de ocho a nueve y cuarto acompasando a una señorita francesa, tío Abe.

—¿Y ayer por la tarde no te vieron remando por el lago de Bush, hacia las cuatro, y regresar hacia las ocho, siempre en compañía de la mujerzuela?

—¡No, señor! ¡No es ninguna mujerzuela, sépalo usted!

—Vete a ver si estoy en la cocina, Jimmy, y no vuelvas hasta que te llame.

—Sí, papá.

Cuando se hubo marchado James Benton, Sidney Benton abrió un cajón del bufete, sacando mantel y servilletas. Aventó el mantel, colocándolo sobre la mesa.

—¿Es tan grave la cosa, Abe?

—Juzga tú mismo. Es la bailarina del «Siete Sirenas». Una mujerzuela capaz de volver loco a cualquier hombre experimentado. Tu hijo le compró un abanico en la tienda de Joe.

—Jimmy tiene sus ahorrillos, que para eso trabaja.

—Escucha, Sidney, tú y yo hemos podido tener nuestras discusiones, pero en este punto estamos siempre de acuerdo. Somos responsables de Jimmy. Has de prohibirle que vuelva a ver a esa aventurera.

—Vamos a ver. Aparte de que estamos en primavera y Jimmy tiene veintitrés años robustos, ¿qué le reprochas?

—Tenemos edad suficiente para saber lo que ocurre cuando un chiquillo inexperto se enamora de una mujerzuela.

—El barco zarpará a fin de semana. Ya lo sabes. Viene dos veces por año y no ancla más allá de diez días.

—Esta mañana me llamó el señor Tarleton. No quiere que un empleado suyo se pasee con mujeres de la clase de Manon Lesurc. Has de prohibirle que vuelva a verla.

—Lo haré. ¿Te quedas a comer?

—¡No! Yo tengo esposa que… Perdona, Sidney. Soy a veces un poco idiota.

—Si lo reconoces, quedas absuelto.

Abraham Burns no replicó. Había estado, torpe reprochando a su cuñado, lo que era precisamente su única decisión firme: no haber querido nunca una madrastra para James Benton.

Ya en la puerta, dijo:

—Espero que emplearás tu elocuencia en convencer a Jimmy de que se lo prohibimos por su bien.

—De acuerdo. Lucharé contra la primavera. Vete tranquilo.

Estaba James Benton terminando de disponer la mesa.

—La ensaladilla me quedó artística. Algo quemaos los fritos,

pero en cambio la parrilla, es una gloria. Dame el pan, Jimmy.

—Yo no sé qué tiene que ver mi trabajo con mi tiempo libre. No hago ningún mal a nadie, paseando con Manon.

—¿Manon? ¿Quién es esa doncella? ¿La hija del viejo Joe, o la sobrina del vicario?

—Comprendo la indirecta, papá. Debí decírtelo.

—¿Ves tú? Si no me dijiste que paseabas con la señorita Manon, deduce tú mismo. No tienes secretos para mí. ¿Qué pasa, entonces?

Durante un momento, James Benton comió. Había problemas que ni toda la sabiduría de Sidney Benton podría asimilar.

—No soy ningún niño para que ande reprochándome tío Abe, si voy al bosque, o a donde sea, con una señorita.

—Hicimos un pacto cuando tu madre nos dejó. Tú sabes que yo detestó la sensiblería, pero me agrada la emotiva sensibilidad. Prometiste ser siempre sincero conmigo, aun en los casos graves.

—¡Pero, papá! ¿Qué gravedad hay en todo esto?

—Que tienes veintitrés años, y que ella no es de esta ciudad. Ha de irse y te quedarás entre tus conciudadanos. Debes respetar tu ambiente, Jimmy. Si todos son puritanos, se aburrirán, pero viven tranquilamente, prosperan, se casan, tienen hijos y duermen con la conciencia en paz. Una mujer como Manon sólo trae desgracias.

—¡Ella es distinta!

—¿A quién, pimpollo? ¿Distinta de Peggy, verdad?

—Peggy no es más que una compañera de oficina.

—Pero puede ser tú esposa, y lo merece.

—¡Es ridículo todo esto!

—Seguramente que sí, hijo. Come y calla, hasta que estés dispuesto a no levantar la voz. La fritura está buena.

—Perdona, papá. Es que me acalora tanto retintín, desde que me vieron pasear con Manon.

—¿Cómo la conociste?

—El viernes a las seis y media, decidí ir a bañarme al lago de Bush. Estaba ella bañándose y fué todo muy natural. Charlamos y la acompañé. Quedamos citados para el día siguiente a la misma hora. Pero yo no he ido al barco. Y ella es muy decente. Se pinta menos que muchas que yo conozco. Y su bañador es más decente que el de muchas que yo conozco.

—Escúchame sin enojarte, y comiendo. Yo he conocido muchos

sitios parecidos al «Siete Sirenas». Es más, si me aprietan un poco, confesaré que la última vez que estuvo aquí el barco, fui a echar una partidita de dados. Y vi bailar a las siete componentes del *ballet* que da nombre a este tugurio flotante.

—¡Ella no estaba!

—Pero está ahora. Ninguna chica te servirá para fundar un hogar, si ha estado bailando en el espectáculo nocturno del «Siete Sirenas».

—Manon me ha explicado su vida.

—¿Ah, sí? ¿Me permites explicártela yo?

—¿La conoces?

—No, hijo. A lo mejor te ha dicho, que ella nació para bailar, pero que es difícil encontrar contratos en sitios de categoría, y que el dueño del tugurio flotante la quiere como a una hermana y que ella sólo se practica para formar un número. Seguramente te habrá dicho que es huérfana, o que su padre le pegaba palizas, o que…

—¡Basta! ¡No tolero que…!

—Déjame pensar, Jimmy. ¿Qué tiempo hace que no te pego un buen tortazo? Lo estás pidiendo a gritos. Se acabó la charla entre amigos. Te prohíbo terminantemente que vuelvas a verte con esta gandula. Queda claro. Te lo prohíbo, ¿entiendes? Y nunca me sentí más molesto, hijo. Anda, comamos en paz y piensa que es por tu bien. ¿Confío, en tu sensatez, Jimmy?

—Haré lo que me mandes.

—No te lo mando, pero esta tarde, cuando salgas del trabajo, nos iremos tú y yo a pescar, al otro lado de Rock Point, lo más lejos posible de Rock Point.

—Tenía que verla… esta tarde a las seis y media, allí en el lago de Bush.

—Bien. Vas a ir y despídete. Yo esperaré… a poca distancia.

—Sería ridículo. Prefiero no ir.

—Magnífica idea. Aprobada. Pásame la carne, gran hombre. Y seguimos tan amigos, ¿no?

Asintió James Benton lentamente.

CAPÍTULO II

Manon Lesurc en bañador, se peinaba los largos cabellos cobrizos, enroscándolos en alto, disponiéndose a dejarlos bien sujetos para que el gorro impermeable los envolviera.

Era tranquilo aquel rincón entre rocas, junto a una de las pequeñas playas del remanso al norte de la ciudad.

Un pueblo aburrido.

Miró al hombre, que se acercaba. Un provinciano más. Pero no debía haber sido un hombre feo en su juventud. Era aún apuesto, aunque en su tez hubiera el rubicundo color de la salud o del exceso de beber.

Llevaba una caña de pescar al hombro. Iba con los pies desnudos, colgando del morral las sandalias anudadas por las correas.

Siguió ella en sus preparativos.

—Buenas tardes. Un tiempo maravilloso.

—Buenas tardes. Estamos en primavera, ¿no?

—¿Pican por aquí los besugos?

—Yo qué sé, abuelo. Además, no creo que por aquí haya peces.

—¿Le molestan que me siente un poco a descansar?

—A mí, no —dijo ella, riendo—. Le pasó la época en que podía usted molestar, abuelo.

—Eso de abuelo, según y cómo, sirena.

—Ya sabe usted quién soy. Me llamo Manon y cuando quiero estar a solas, vengo aquí.

—Lo tiene todo para llegar lejos, Manon. Bonita de veras y fina de aspecto. Está perdiendo el tiempo aquí.

—¿Piensa usted contratarme para el «Zigfield's»?

—Usted merece mucho más. Ahora son las seis y dentro de

media hora tenía que venir un muchacho llamado Jimmy.

—Por estos pueblos todo son chismorreos.

—¿Nació usted en París?

—En Nueva Orleans, pero mis padres eran de París. Oiga, no sé por qué le estoy contestando tan correctamente.

—Porque no hay motivo para que variemos de estilo. Me llamo Sidney Benton.

—¿Sidney Benton? No me dice nada… ¡Un momento! Jimmy me parece que se llama Benton.

—Es mi chico. Tiene novia, sin que él mismo se de cuenta. Gana un semanal modesto, y yo no tengo bienes que dejarle.

—Es guapo, simpático y canta muy bien. No se confunda conmigo, señor Benton. Ni siquiera le he dicho a Jimmy que vaya al barco. Viene aquí a nadar, charlamos, me acompaña, y los dos nos encontramos a gusto, sin más. Es un buen chico.

—Pero totalmente inexperto, señorita Manon. Cree que está enamorado de usted.

Rió ella…

Sidney Benton sonrió, pero en sus azules ojos había una dureza repentina.

Manon Lesurc cesó de reír.

—No me diga que ha venido usted a defender a Jimmy, contra mi infernal seducción. Es mayorcito Jimmy. No estamos aún enamorados, pero todo puede suceder.

—Esta tarde no vendrá, y si busca el medio de verse con usted, apártelo sin citarme. Esto no es difícil para usted, señorita Lesurc. Usted se va con el barco, a fin de semana.

—Suponga que no le hago caso, abuelo…

—Es usted muy libre, jovencita. Pero sepa una cosa, y tómelo como prefiera. No juegue con Jimmy. Él no ha nacido en París, ni ha estado en Nueva Orleans. Nunca salió de aquí. Ve en usted una chica distinta, dice. Yo no.

—Le haré un favor, señor Benton. No ha sido usted grosero. Le prometo no hablarle a Jimmy de usted ni de su ridícula intercesión. Pero nos volveremos a ver.

—Somos ridículos los que rondando la cincuentena, nos metemos a soplar cierzos otoñales sobre céfiro, yo el cierzo, y usted el soplo bochornoso que confundimos con la brisa cálida.

—¿Es poeta a ratos perdidos, señor Benton?

—Lo fui. Espero que cuando, el barco abandone Arkansas, no habrá novedad. ¿Qué edad tiene, Manon?

—Veintiocho años para usted. A los demás, les declaro veintitrés.

—Pueda hacerlo. ¿Le interesará cumplir los veintinueve?

—No sea absurdo, señor Benton.

—Le convendría informarse en este pueblo acerca de mi carácter. Dicen que estoy loco. Los médicos psiquiatras afirman que no. No me gustan los dramatismos, cuando en primavera todo respira alegría. Hágame caso, niña. Deje en paz a mi chico.

—Me está usted ya molestando, Benton. ¡Hay que ver! Ni que fuera de hojaldre su nene. Envuélvalo en papel celofana, y guárdelo en un estuche.

—El vendrá a las seis y media. Usted puede decepcionarle. Hágalo, y le prometo que no se arrepentirá. Buenas tardas, señorita Lesurc.

—Váyase al diablo.

—Jimmy no la habrá oído hablar con tanta naturalidad. Mándelo también al diablo, pero no me mencione. Será mejor. Gracias.

—A mí no me asusta usted, ¿sabe?

—No lo pretendo. Buenas tardes, nena.

Ella iba a lanzar otro improperio, pero se encogió de hombros. Sidney Benton, dirigiéndose hacia la ciudad, meditó. Era muy peligrosa una mujer como Manon Lesurc, si hablaba cuidando su léxico, ante un joven inexperto.

James Benton, a las seis y media, se olvidó por vez primera de asir la diestra paterna.

—Hola, Jimmy. He pensado que será mejor que te despidas de la señorita del barco. Mañana iremos de pesca. ¿De acuerdo?

—¡Oh, sí! Eso es… Mañana.

Se marchó corriendo.

Sidney Benton regresó a su casa. Sólo le quedaba esperar.

* * *

—Hola, Manon. ¿Qué tal está el agua?

—Fresquita y deliciosa, Jimmy. Pareces enojado.

—Contigo no. Es que mi padre, enterado por malas lenguas, que todo lo alteran, me ha prohibido… Es ridículo. Les he dicho que tú eres tan señorita como cualquiera de las… Más aún.

—Pero debes hacer caso de tu padre, Jimmy. Yo no quisiera que por mi culpa, discutierais los dos…

—¡Manon! ¡Qué…! ¿Por qué lloras?

—Nada… Soy tonta… —dijo ella, volviéndose de espaldas.

—¡Quiero saberlo! Si alguien se ha atrevido a insultarte, soy capaz de todo… ¡De todo! ¡Sea quien sea! Pero, no llores más, mi cielo…

* * *

Nunca había llegado Jimmy tan tarde. Eran las nueve y media, y sabía que a las nueve y cuarto, él ponía la mesa.

Sidney cenó solo. El reloj desgranó las diez campanadas. A su último toque, entró Jimmy Benton en el comedor.

Anunció:

—Estuviste insultando a Manon, y mortificándola. No fuiste leal conmigo… Llegaste a amenazarla de muerte. ¿Es que es verdad lo que dice la gente? ¿Es que…?

Jimmy Benton retrocedió, lívido, estampada en la mejilla la rojez del reciente bofetón. Dijo sombrío:

—No vuelvas a hacerlo, padre. No soy ninguna criatura. Terminemos de una vez. Quiero a Manon, y ella me quiere. Me ha probado la voz el director musical del «Siete Sirenas», y ha dicho que con muchas menos facultades, hay barítonos que han conseguido gloria y fortuna. Puedo ir a Nueva Orleans, y probar suerte. El patrón del «Siete Sirenas» es de Nueva Orleans.

—¿Qué falta te hacen ellos? Si quieres probar suerte, estoy dispuesto a pedirle a tu tío, que te den quince días de permiso, Un mes, si quieres.

—Ya lo he pensado bien. Pienso irme en el «Siete Sirenas». Me ofrecieron alojamiento a bordo, pero les dije que primero quería consultarte.

—Gracias. Tendrás que comer recalentado, Jimmy.

—Ya he cenado.

—¿Te ofrecen alojamiento gratuito?

—Cantaría en el tablado del barco, y en Nueva Orleans…

—Un momento. ¿Te sería mucho sacrificio seguir en tu trabajo hasta el mismo día en que zarpe el barco? Podrás irte a probar fortuna, pero deja siempre cubierta tu retirada.

—Manon dice que yo triunfaré. Pero… haré lo que quieres, padre. Acudiré al trabajo, pero tan pronto el «Siete Sirenas» zarpe, me iré. En Nueva Orleans podemos reunimos.

—Es verdad. ¿Has podido creer que yo insulté a Manon?

—Mejor que lo dejemos, padre. Buenas noches.

—¿A dónde vas?

—A decirle a Nesbit que me quedo aquí. Manon no pudo venir conmigo, porque actúa a las diez. Me acompañó el negro… Bueno, el cochero del patrón. Le diré lo que hemos decidido tú y yo.

—Eso es.

Minutos después, regresaba James Benton.

—Dijiste una vez que nada es difícil cuando se habla con el corazón, sin reservas mentales. Yo quiero a Manon, y no me importa cuál fué su pasado. Me quiere, y si ella me acepta, estoy dispuesto a casarme con ella.

—Hace cuatro días que la conoces.

—¿Qué importa eso? Se adivina cuando está uno frente a la mujer ideal… Voy a acostarme, padre. Buenas noches.

—Buenas noches, Jimmy.

—¿No… te he herido?

—Eres un buen chico, y no debí abofetearte. No tienes tú la culpa de haberte enamorado. Y puede que tú estés en lo cierto, y los demás estemos equivocados, o ya envejecidos en este provincianismo ambiente. ¿Qué músico es ese que aseguró que tu voz era promesa de fama y dinero?

—El director de la orquesta. El señor Luchesi. Es compositor, y hasta dirigió en la Filarmónica de Filadelfia entre otras capitales.

—Entonces, no cabe duda que es alguien. Hasta mañana, hijo.

Dos horas después. Sidney Benton comprobó que su hijo estaba en la cama.

Se calzó bajo el pequeño porche, tras cerrar suavemente la puerta.

CAPÍTULO III

Warren Wallace, comisario de policía de Arkansas City, llevaba muchos años conviviendo amistosamente con la mayor parte de los habitantes de la ciudad.

Eso hacía más enojosa su tarea, cuando sucedía algo que le obligaba a preguntar. Todos le miraban enojados, como reprochándole que les ofendiera con interrogantes, cuando sucedía muy de tarde en tarde, algún hecho delictivo.

A las once de la mañana, entró en el despacho del adjunto federal de Fiscalía.

Un joven abogado reciente ganador de la oposición. Algo petulante y desdeñoso, que consideraba la ciudad como un enojoso trampolín desde el que dar el salto a su nativo lowa.

—Buenos días, comisario. Acabo de leer el atestado. Ha hecho muy bien en vedar la salida a cuantos se hallan a bordo del «Siete Sirenas». No es preciso que se propale por la ciudad lo ocurrido.

El tono condescendiente del joven abogado, divertía íntimamente a Warren Wallace.

—La muerta fué encontrada, a las siete de la mañana, lo cual ha circunscrito el descubrimiento del asesinato a los pertenecientes al personal de a bordo. No se ha propalado, pues, por la ciudad.

—Concurren circunstancias raras, que usted ha hecho constar sagazmente. El cadáver fué hallado en un camarote que no le pertenecía, y la razón que aduce Manon Lesurc para explicar el motivo del cambio, es convincente, según usted.

—Cuando a las cuatro, la hora legal de cierre del «Siete Sirenas», no quedo ningún concurrente a bordo, Susan Holyday, que estaba mareada, se echó vestida, tal como estaba, sobre la cama del que creyó ser su camarote. Han testificado cinco personas, que lo

comentaron, porque ya otras veces había sucedido, y para evitarse enojosas molestias, aquélla cuya litera había elegido por equivocación Susan Holyday (una de las menos resistentes a la bebida) se resignaba a dormir en la cabina de Susan, pero a condición de que a las siete de la mañana, la negra camarera lavara la cabina y transportase a la dormida Susan al baño.

—¿Por qué no lo hacían a las cuatro?

—El corle de digestión.

—Comprendo… El informe forense, establece la muerte de Susan Holyday entre cinco y cinco y media. Es, pues, alguien de a bordo. ¿Encontró el cuchillo?

—No.

—Lo arrojarían al agua.

—Posiblemente.

—En su atestado no cita usted el posible móvil del crimen.

—Porque todavía no lo adivino.

—¿Ha tomado declaración a todo el mundo?

—Consta en el atestado que dejaron sobre su mesa a las nueve y treinta.

—¿Y no deduce nada?

—No.

—Veamos, comisario… Hay rivalidades entre artistas, celos, peleas. No le voy a enseñar lo que tiene que hacer.

—No. Pero usted se habrá fijado sin duda alguna en varios detalles que saltan a la vista. Matar a las cinco aproximadamente cuando no hay nadie más que el personal del barco a bordo, y esperar a que la camarera negra encuentre el cadáver, avisando inmediatamente por el cochero Nesbit a la policía, casi hace creíble la sincera declaración de Héctor Dupont.

—Folio tercero —añadió tras una pausa Wallace, señalando la mesa.

—Es de un cinismo escalofriante. Ya lo he leído. Pretende este Dupont que, si alguien de a bordo quiere matar, elegirá mejor ocasión y que él mismo si hubiera pensado siquiera un minuto en la posibilidad de que nadie pudiera… ¿cómo dice?, ¡eso es!

Y el adjunto federal leyó:

—«Puedo jurarle que no es ninguno de nosotros, el autor de la muerte de esta infeliz. Cuando yo fuí avisado por Sarah, envié a

Nesbit a buscarle, comisario. ¿Cree usted que si por un instante hubiera yo pensado en la culpabilidad de uno de mi personal, le habría enviado a buscar? Todo se habría quedado en casa, y yo habría llevado mi propia investigación. Si le he enviado a buscar, comisario, es porque sé que no es en el barco, donde debe buscar al asesino».

Alzó la vista Terence Montgomery.

—¿Se sonríe, comisario? No estoy familiarizado con el buen humor de Arkansas.

—Héctor Dupont fué sincero. No le convienen los escándalos, y podía muy bien haber contado con su personal, para esconder el cadáver.

—¡Es un amoral este Dupont!

—Indudablemente, pero está en regla como contribuyente y negociante autorizado a navegar con su *cabaret* y timba flotante. Hay un punto en que todos coinciden, sin haber tenido tiempo de ponerse de acuerdo.

—Desde el asesinato hasta que fué usted avisado transcurrieron dos horas, comisario. No lo olvide.

—El punto que resalta es que todos consideran a la muerta una infeliz, incapaz de suscitar odios. La opinión general es que el asesino creyó hundir su cuchillo en el corazón de Manon Lesurc.

—Es absurdo.

—Vestidas de noche, y ambas teniendo el cabello cobrizo, en un camarote a obscuras, teniendo el asesino que actuar deprisa, por la vecindad de los demás que dormían o podían estar despiertos, el error es muy posible.

—Demos por supuesto el error. ¿Qué móvil tenía el asesino de Susan Holyday para desear la muerte de Manon Lesurc?

—Tengo la lista de los que estaban en el barco, desde las diez hasta la hora de cierre. Casi siempre los mismos, y es fácil así reconocer a los nuevos. Ya sabe que han de firmar la declaración de que renuncian a todo derecho de reclamación sobre las bebidas que les sean servidas, y sus tarifas.

—Es la ordenanza sobre estos flotantes. Saben así que pagarán unos precios exorbitantes. Entonces, ¿supone que está entre los concurrentes de esta noche el asesino?

—Tengo a varios agentes haciendo averiguaciones sobre un

extremo. La hora de llegada a sus domicilios de todos los que figuran en la lista. Es laborioso y lento. Casi todos los conozco de hace tiempo… No les quiero mortificar inútilmente.

—Bien está. ¿Tiene alguna sospecha concreta?

—Nada en absoluto. Entre diez y cuatro, nadie sube a bordo clandestinamente, afirma Dupont, y lo creo. Pero nadie tampoco ha encontrado huellas de escalamiento.

—La declaración de Manon Lesurc habría de ser la más extensa, puesto que ella puede arrojar mucha luz sobre quién pudiera tener motivos de odio contra ella. Y sin embargo, es muy lacónico. Me he fijado bien, pese a ser éste mi primer caso criminal… Bueno, entendámonos, quería referirme a que prácticamente es mi primer caso criminal en Arkansas.

—Y sus observaciones son atinadas. Ha sido muy lacónica Manon Lesurc. Pero ha expuesto una teoría curiosa.

Montgomery giró unos folios, recorriendo el texto mecanografiado de los apuntes taquigráficos.

—La teoría del suicidio. Dice textualmente: «Susan, algunas veces, sufría ataques de aguda neurastenia. Fué encontrada en su litera sobra el costado derecho, cubierto el rostro con una almohada, y con herida penetrante de cuchillo en el lado izquierdo. Pudo suicidarse». Habla usted: «Es verosímil el suicidio, salvo por el hecho de que el cuchillo no estaba en la herida ni ha sido encontrado. Murió instantáneamente. No tuvo pues tiempo material de quitarse el cuchillo y arrojarlo al agua».

Alzó la vista Montgomery.

—Recuerdo que en el curso de prácticas forenses, nos presentaron un problema, demostrando que un suicida actuando en arrebato transitorio, se cercenó las venas, y tiró por la ventana la navaja. Pero, no murió instantáneamente… De todos modos, no existe posibilidad de que Manon Lesurc se calle, puesto que no iba a proteger al que pensaba asesinarla, si se demuestra que hubo error. Un caso difícil, ¿no, comisario?

—Así parece. ¿Ratifica usted la orden de mantener como testigos esenciales al personal del barco?

—Por completo, por completo. No quiero que nadie abandone el barco, ni de tierra suba nadie. ¿Puedo saber lo que piensa hacer ahora, comisario?

—Esperar los informes acerca de si alguno de l8s que figuran en la lista de visitantes de anoche, fué visto más tarde de las cuatro y media, por las calles.

—En la lista figuran personas a las que no supuse capaces de perder el tiempo y el dinero, tan morbosamente.

—Le agradecería me prestara su valiosa ayuda, señor. Yo llevo años aquí, y puedo tener prejuicios.

—Usted es un honorable y eficaz funcionario, pero es acertado, lo que acaba de sugerir. Me consta que para usted ante la Ley no hay distingos, pero nos cuesta juzgar a los amigos… He trazado una cruz junto a varios nombres. Es naturalmente en privado. Nunca trascenderá. Veamos… Este mismo. Archibald Lewis. Un hombre de sesenta años, padre de familia…

—Abuelo. Es viudo, señor.

—Pero debería respetarse más. Este otro… Abraham Burns, el jefe contable de la compañía «Rocket Rice», un jefe, contable… Éste es casado.

—Y sinceramente honorable.

—Todos lo somos, hasta el mal momento de la tentación.

—Abe Burns está por encima de tentaciones. Adora su casa, le teme a su esposa, y es fanático del ahorro.

—¿Y acude a un *cabaret* donde un mal coñac se paga como un legítimo champaña francés?

—Burns me explicará por qué fué a bordo, y además por primera vez anoche. Hablé particularmente con Dupont acerca de Burns. Parece ser que sostuvo una discusión con Manon Lesurc. Ella dice que era una discusión acerca de tonterías sin importancia.

—¿Por qué no consta en el atestado?

—Fué en charla particular con Dupont.

—Comprendo. Un sondeo. Pero, averigüe sobre qué discutían el jefe contable de la «Rocket Rice» y una tanguista.

—Lo pienso hacer. Esperaré a que Burns salga del trabajo.

—Eso es. Discreción y delicadeza, pero después mano dura. Es también mi lema, comisario. Seguiré estudiando el expediente, y deposito mi entera confianza en su capacidad.

—Gracias, señor.

En la calle, Warren Wallace seguía sonriendo, pero sin alegría. Un petulante aquel abogado de Iowa, pero soportable, casi

divertido.

No lo sería tanto interrogar con rodeos a ciudadanos como Abraham Burns, y otros que figuraban en la lista de noctámbulos asistentes al «Siete Sirenas».

Ya no eran más que seis las sirenas, pero el barco seguiría ostentando el mismo cartel de proa. Héctor Dupont, encontraría pronto una reemplazante para Susan Holyday.

CAPÍTULO IV

Warren Wallace le tenía un cariño especial a su ciudad. Muchas veces había pensado mientras caminaba por sus calles, que sus habitantes eran gente de bien, sin secretos para él.

Le mortificaba ahora, comprobar que el cuchillo que había terminado con la existencia inútil y parasitaria de Susan Holyday, había hecho también una incisión en su absoluta seguridad de que ciudadanos como Abraham Burns, por ejemplo, eran incapaces de flaquezas.

Reconocía mentalmente todo el poder sugestivo que atesoraba Manon Lesurc, pero hubiera creído que Burns estaba muy acorazado contra tales desvaríos.

Esperó junto al quiosco de periódicos, estratégico, de la plazoleta de Stuggart. En su recorrido, Abraham Burns yendo hacia su casa, venía a recoger su periódico que leía antes y, después de la comida.

Pocas veces se presentaban casos criminales en Arkansas City, siendo generalmente forasteros los delincuentes. Pero ahora, empezaba la parte más desagradable para un hombre como Wallace, que imbuido de su obligación, tenía que anteponerla a todo sentimiento de amistad.

—Buenos días, comisario. ¿Está usted esperando a alguien?

Fué una pregunta normal, y lo hubiera sido en cualquier otra circunstancia. Pero había como recelo en la mirada que Burns deslizó, por encima de sus gafas.

Pagaba su periódico, porque era el día del recibo mensual.

El quiosquero habló del buen tiempo, mientras devolvía, el cambio. Abraham Burns asintió, y doblando el periódico, miró un instante al comisario.

—Hace algún tiempo que no charlamos, comisario. ¿Qué tal sigue el jovencito fiscal?

—Muy dispuesto a demostrar que vale. ¿Tiene algo que hacer, Abe?

—Nada. ¿Por qué?

—No es éste su camino para llegar a casa.

—Un rodeo, porque adivino que quiere usted hablarme…, Seguramente de Jimmy.

—De Jimmy… Eso después. Usted sabe muy bien que no soy curioso, salvo profesionalmente. Parece ser que anoche usted estuvo en el barco luisiano, Abe.

—Vamos. Ya le han venido con el cuento. Pues sí, estuve en el barco.

—Entró usted a las once y media aproximadamente, Abe. Créame que es completamente confidencial.

—Lo supongo. Le dije a Esther que tenía un trabajo atrasado que con la ayuda de Jimmy, pondría al día, en unas pocas horas. Ella se opuso, un poco, pero accedió, Y cuando volví, dormía.



—¡No, no!... ¡Yo la he matado

—¿Hacia las dos?

—Un poco más tarde. En el barco estuve escasamente media hora, pero después paseé bastante tiempo Es una mala mujer, se lo aseguro, Wallace. Ha engatusado a Jimmy, y no estoy dispuesto a consentirlo.

—¿Este fué el motivo de la discusión?

—¿Ha sido ella la que se quejó? Mire, comisario cuando un hombre como yo, que quiere a Jimmy como si fuera el propio hijo, le ve siendo juguete de una aventurera, pierde el control. Y esto me pasó.

—Entonces usted fué al barco, para decirle a Manon Lesurc, lo que pensaba de ella, ¿no es así?

—Le ofrecí quinientos dólares, y ella se ofendió. Sabe imitar muy bien a la mujer decente, pero no me engañó. Y claro, entonces, perdí los estribos. Pero comprenda que fué sólo un arrebato. Yo no resolvería nada matándola, aunque Dios me perdone, si por un instante no estuve tentado de hacerlo. Yo adiviné que ella se burlaba de mí. Es más, aunque no estuviera enamorada de Jimmy, ahora… hará lo imposible por acabar de sacar de quicio al muchacho.

—No debió amenazarla, Abe. Ha sido un error. Tanto usted como Sidney han consentido demasiado al muchacho. Tenían que haberle dejado, y cuando el barco se fuera, se le pasaría…

—¡No! Vino a verme Sidney, y me explicó que Jimmy quería marcharse en el barco, como cantante. Una vergüenza intolerable. Por esto fui a decirle a ella lo que pensaba. No deberían permitir estas cosas, comisario.

—El barco tiene autorización, y un enamoramiento juvenil no tendría complicaciones, si tanto usted como Sidney no fueran tan padrazos con Jimmy. No se moleste conmigo, Abe, pero ésta es la verdad. Ella, y lo reconoce usted, ha hecho ya un asunto de amor propio amargarles la existencia, y ustedes dos, como dos bobos, han jugado al paño que ella quería. ¿Puede precisarme la hora exacta en que llegó a su casa Abe, esta madrugada?

—No me gusta esta pregunta, comisario.

—Ni a mí. Pero es mi deber hacerla.

—Ya le he dicho que no me fijé, porque estaba cansado y me acosté, sin consultar el reloj, porque mi pensamiento estaba ocupado en otras cosas.

—Hay una encuesta abierta, Abe. La lleva el fiscal, y aunque de momento no se hará público, llegará fatalmente el momento en que tendrá que verificarse la comprobación de las declaraciones de algunos testigos. Dirán que usted discutió y amenazó de muerte a Manon Lesurc…

—¿Bien, y que con ello? No la he matado, aunque se lo merece. Me gustaría que usted la oyera hablar suavemente, casi con humildad… Pura comedia. ¡Oiga! ¿Es que… ha sucedido algo?

—Mataron a una de ellas, que bebida se acostó en la litera del camarote de Manon Lesurc. La opinión más generalizada es que mataron a Susan Holyday hacia las cinco de la madrugada, por error.

—¡Dios santo! ¿No pensará usted… que yo pudiera ser capaz de hacer una cosa así? Le juró que si algún día mato a alguien, usted será el primero en enterarse. Tengo la costumbre de afrontar todas las consecuencias de mis actos.

—Es mi convicción, Abe. Pero cuando el fiscal le convoque, concrete todo, sin vacilaciones. ¿Lo hará así?

—No podré decir más de lo que le he dicho, comisario. Creo que será mejor que le cuente todo a Esther.

—Sí. Será lo mejor, y ella sabrá guardar silencio. Hasta el momento no ha trascendido la muerte de Susan Holyday, pero será difícil mantenerlo secreto.

—¡Qué escándalo…! Mujeres así no deberían ser toleradas en nuestra ciudad.

—¿Qué le recrimina concretamente a Manon Lesurc?

—Jugar con el muchacho. Hacerle creer que está enamorada.

—Puede estarlo, aunque sea fugazmente. Jimmy no es un ricachón. En fin, si usted le explica a Esther y a su patrón, todo esto, antes que lo sepan por otro conducto, se ahorrará tardías recriminaciones. Hasta la vista, Abe.

—Sí. Hasta la vista, comisario.

No miró hacia atrás Wallace. Sabía que en la esquina, plantificado, Abraham Burns parecía la viva imagen del múltiple temor indefinible: convencionalismo, repugnancia a verse mezclado en las pruebas testificales, aprensión a los reproches de su esposa.

Wallace pensó hablar con James Benton, después de comer. Regresó a su despacho, donde encontró a Graham, su adjunto.

Otro solterón, pero más joven y menos tolerante.

—El fiscal ha ido a bordo, comisario. Con sus tres oficinistas. Le entregué los atestados. No hay por ahora novedad.

—¿Ha almorzado, Graham?

—No, señor. Le esperaba a usted.

—Telefoneé a Heinz, y que nos envíe la ración consabida de los días de trabajo.

—Si, señor.

Mientras su adjunto telefoneaba, y hasta que estuvo abastecida la mesa, permaneció Wallace de espaldas, mirando por la ventana.

El río, recto desde Rock Point a Pine Ludge, partiendo limpiamente en dos mitades, la ciudad. Luego, a norte y sur, se bifurcaba por los arrozales, donde los negros destacaban más entre los blancos sacos.

Y cerca de Rock Point el barco construido en 1876 conservando como adorno típico la gran rueda propulsora sus tres puentes, sus salones de rojos damascos y doradas molduras, profuso en espejos.

Héctor Dupont era listo, cínicamente listo. Si cualquiera de a bordo hubiese dado muerte a Susan Holyday. Dupont habría tratado por todos los medios de ocultar el cadáver.

Manon Lesurc… No tardaría en llegar la respuesta a la consulta hecha a Nueva Orleans, pidiendo antecedentes de Susan Holyday y Manon Lesurc.

Pero unos antecedentes nunca revelaban la verdadera personalidad, salvo en casos de delincuentes notorios.

—Se va a enfriar la sopa de abadejo, señor.

Se arrancó a su meditación, y tras sentarse, fué comiendo distraídamente. Frente a él, Graham demostraba que nada le quitaba el apetito.

—Harán lo que quieran con él —dijo de pronto Wallace.

—¿Con quién, señor?

—Con Montgomery. Es inteligente, estudioso y leal. Pero carece de verdadera práctica. Es como si lo viera. Ha llegado a bordo, ceñudo, dispuesto a demostrar que individuos como Dupont, y mujeres como Manon, son taras y lacras en la sociedad. En fin, Montgomery considera que soy lento y que puedo tener prejuicios.

—Esto es absurdo. Usted es el mejor policía del Estado, y si quisiera estaría usted en una gran capital, porque ha tenido ocasión.

—La costumbre es la placidez del hombre poco ambicioso, Graham. Me he acostumbrado a este ambiente. Usted habrá ya deducido algo, ¿no? Dígalo sin ambages.

—No veo por qué hay la preconcebida teoría de que existe un error.

—Consideran a Susan como incapaz de suscitar pasiones.

—Era bonita y llevaba más de cuatro años yendo de puerto en puerto con las Sirenas de Dupont. Es prácticamente verosímil que en un camarote a obscuras, el que va a asesinar no esté interesado en encender luces, ni prolongar su estancia, y más verosímil el error, puesto que para acallar los posibles gritos, cubrid la cara de la víctima con una almohada, produciéndole una asfixia complementaria al cuchillazo. Pero yo veo la mano de un maleante, y no de un ciudadano normal. Ninguno de los que están en la lista de concurrentes, me parece capaz de abandonar el barco, y regresar sigilosamente, escalando las cadenas, yendo al camarote, matando, y saliendo sin dejar huellas.

—Si hubiera ido a matar a Susan, no habría ido al camarote de Manon. A menos que sea uno de a bordo. El músico saxo…

—Fué novio de Susan, pero hace ya meses que riñeron. Mi opinión ya que me la pide, señor, es que Manon Lesurc, si quisiera hablar, nos facilitaría mucho la tarea. Es inteligente, y muy distinta a las otras Sirenas. Salta a la vista.

—Lo que salta a la vista es que es preciosa. ¿En qué parte de su hermosa anatomía ha visto usted saltar su inteligencia?

—En su modo de responder. No es una vulgar cabaretera. Y el mismo Dupont admite que la contrató con cláusulas excepcionales. Ella practicaba el baile clásico en la academia francesa de Nueva Orleans, y accedió a bailar en el barco, porque podía ahorrar el suficiente dinero con que ir a ultimar su aprendizaje en la escuela «Prokief», de Miami. Y podía haber salido por la ciudad o sus contornos con gente adinerada. Prefirió pasearse con un muerto de hambre como Jimmy Benton.

—Y el padre y el tío de Jimmy complicaron las cosas.

—Sidney Benton bebía café con aguardiente a las cinco y media en el quiosco del uachita Clud, esta madrugada.

—Le gusta ver amanecer sobre el rió, en primavera.

—Y en las otras estaciones del año —rió Graham—. Yo sé lo qué le pasa a usted, señor. Le molesta tener que interrogar a toda esta familia, pero mucho me engañaré si no aparece el cuchillo como propiedad de alguien que nada tiene que ver con la ciudad. Insisto en que es un crimen clásicamente de la media hampa, y aunque no descarte la posibilidad de que la víctima tenía que ser Manon

Lesurc, elimino a gente como Burns…

Se interrumpió Graham para asir el teléfono. Escuchasen instante.

Tendió el aparato a Wallace.

Terence Montgomery hablaba con eufórica soberbia.

—… ¿Es usted, comisario? Venga a mi despacho, y le alegrará comprobar que no hizo mal en solicitar mi colaboración directa. Le aguardo.

Wallace se levantó.

—Vamos, Graham. Parece que el señor fiscal se ha estrenado con rotundo éxito.

En el despacho del adjunto federal de Fiscalía, había cinco personas.

El fiscal, sus tres auxiliares, y Héctor Dupont.

El propietario del «Siete Sirenas», cincuentón atildado, había sabido borrar las huellas de su pasado de tahúr. Tenía la fría compostura de un mayordomo, y su redundo rostro, de fino bigote, rizoso cabello teñido y amables sonrisas, expresaba ahora una íntima satisfacción.

—Pueden ir a comer —dijo Montgomery.

Sus tres auxiliares salieron del amplio despacho.

—He tenido la suerte de convencer a la señorita Lesurc —dijo engoladamente el fiscal—. Se decidió por fin, cuando Dupont le manifestó su convicción de que era inútil ocultar sospechas ante el ministerio que represento. Naturalmente, esta mañana, al ser interrogada por usted, ella no sabía aún nada acerca de la presencia por el muelle de Rock Point esta madrugada, de Rufus Barclay. Explíquese, Dupont.

—Un momento, señor —atajó Wallace—. Si algo ha de explicar Manon Lesurc, sería preferible oírlo de su boca.

—Es que corre peligro, hasta que no sea detenido Rufus Barclay. He cursado la orden a los puestos fronterizos, carreteras, hoteles y sitios convenidos. Comunicarán aquí, la novedad. Haga un breve resumen, Dupont, para que el señor comisario sepa a qué atenerse.

—Esta mañana, a las once aproximadamente, Nesbit, el cochero negro, se dedicaba a limpiar la pasarela, cuando desde el muelle, le interpeló un conocido suyo. Otro negro cochero, que había estado años atrás en Nueva Orleans. Dice Nesbit que para nada aludió él a

lo sucedido, y me consta, porque lo prohibí rigurosamente. Pero el negro que ha declarado ante el señor fiscal, dijo que está madrugada a las cinco y quince minutos, vio a Rufus Barclay, saltar desde la cadena de popa al muelle. Que creyó que habría intentado de nuevo verse con Manon. Rufus Barclay fué el novio de Manon, hasta hace unos meses. La perseguía constantemente.

—No me declararon nada referente a Barclay —objetó el comisario.

—Es que creíamos que estaría en Kentucky, que fué donde le vimos por última vez y donde siguió, molestando a Manon, hasta el punto que yo mismo lo eché, prohibiéndole que volviera a poner los pies en el barco. Esta mañana, cuando la negra Sarah insinuó que Barclay podía haber subido a bordo, hacia las cinco, le pregunté a Manon si había tenido noticias de Barclay. Ella contestó que le resultaba desagradable manifestar sus sospechas, porque molestarían a Rufus Barclay sin necesidad puesto que lo juzgaba incapaz de querer matarla. Que no le había visto desde Kentucky, pero que creía podía ser Barclay, el hombre que ayer tarde, se escondió precipitadamente entre unas rocas, cuando ella se bañaba en el lago, en compañía del joven Benton. En esta conversación, llegó el señor fiscal, y al instante le declaramos todo lo referente a Barclay.

—¿La descripción de Barclay, por favor? —dijo ásperamente Wallace.

—Ha sido remitida donde corresponde, comisario. Y me disponía a entregarle el dato para que usted verificara sus gestiones en busca y captura de Rufus Barclay.

Tendió el fiscal una hoja mecanografiada, en cuya esquina superior había una fotografía de medio busto.

—Esta foto la tenía Manon Lesurc entre sus papeles y recuerdos. Es Rufus Barclay.

Miró Wallace a Dupont.

—Esta mañana, le preguntó si Manon tenía enemigos, o algún pretendiente desairado. Tanto ella Como usted, afirmaron que no podían concretar. ¿Es que este Barclay no era algo concreto?

—Creíamos que se hallaba en Kentucky. Es más, ella casi me dió la formal seguridad, de que Barclay había decidido permanecer en Kentucky. Usted comprenderá, comisario, que desde un principio mi

interés…

—Su interés ha sido echarle las culpas a alguien de fuera. No lo era Barclay, puesto que aquí dice que Rufus Barclay ocupó la plaza de barman a bordo cuando Manon se contrató.

—Ya le he expresado mi descontento —aseveró Montgomery—, pero la atenuante es de apreciar, comisario. Y es satisfactorio comprobar que con la detención de Rufus Barclay, siguen siendo honorables todos los encartados de la ciudad.

—Vamos, Graham. Volveré tan pronto sepa algo de Barclay, señor.

En el coche, preguntó Graham.

—¿Por dónde empezamos, señor?

—El único cochero negro, que estuvo años atrás en Nueva Orleans, y sigue aquí de cochero, es el viejo Framer. A esta hora, salvo si tiene carrera, duerme la siesta con su jamelgo, en la corraliza de Pulham. Vamos allá.

El negro Framer tardó un instante en recobrar su mental despeje. Le tenía temor al comisario Wallace, pero también afecto.

—Pues sí, señor, que me preguntaron todos a la vez, llevándome casi a rastras al barco. Y lo dije todo, tal como fué.

—Ya está escrito lo que dijiste, Framer. Viste saltar a Barclay. ¿De qué le conocías?

—Cuando estuve en Nueva Orleans, llevaba a veces al joven señorito Barclay en el coche. Y cuando le vi saltar esta madrugada, quise hablarle, pero salió corriendo hacia el puente de Rock.

—Te extrañó, ¿verdad?

—Ya me había dicho Nesbit, que el señorito Barclay seguía tan enamorado de Manon. Pensé que se vería con ella de escondidas, porque como se pegó con el señor Dupont…

—¿Por qué motivos?

—Cuando el señor Dupont le echó del barco, que me lo contó Nesbit, muy entre nosotros. No quería el señor Dupont que el señorito Barclay volviera a bordo. Pero si yo hubiera sabido que todo esto le interesaba tanto, señor Wallace, puede jurar que…

—De acuerdo, Framer. Sigue dormitando.

En el coche, indicó Wallace:

—Al norte, Graham. Hasta la comisaría de Helena.

CAPÍTULO V

—Ésta es la orden que me llegó, pero quise pedir tu confirmación, y me dijeron que no estabas en la ciudad. He esperado tu llegada o tu aviso —dijo el comisario de Helena—. Y le puedes explicar a tu fiscal, que además de su autoridad, existe la tuya en Arkansas.

—Él lo hizo con el mejor fin. Has hecho bien en ponerle a Barclay agentes al acecho, sin detenerle. O sea, que se ha alojado en el «River», y lleva durmiendo desde las ocho de la mañana, hora en que se inscribió en el registro. Tiene sueño atrasado. Veremos cómo le ha sentado el despertarse ante el muy silencioso Graham. ¿Has comunicado la noticia al fiscal?

—No. Te esperaba a ti. Me he limitado a dar la orden a los demás compañeros, de «alto la búsqueda».

Hablaron de diversas materias, ajenas al joven Barclay y un cuarto de hora después de su rápida salida de comisaría, regresaba Graham.

—Sin novedad, señor. Lo he dejado en la sala. Quería saber por qué le invitaba a venir, y tuve que decirle que se callara. Pero no estuvo agresivo.

En la sala destinada a interrogatorios, los dos agentes que custodiaban al hombre que paseaba impaciente, salieron a la señal del comisario Wallace.

Alto y anguloso, Rufus Barclay vestía con prestancia, pero ropa ya muy usada. Daba la sensación de un intelectual escaso de medios económicos.

—Buenas tardes, Barclay. Será mejor que se siente.

—No estoy cansado. ¿Quién es usted?

—Déjeme preguntar a mí, si no le resulta insoportable. Me llamo Warren Wallace, y soy el comisario de Arkansas.

—Mucho gusto en conocerle, pero no comprendo la razón por la que me ha enviado a un policía.

—El fiscal de Arkansas ha dado orden de proceder a su captura, Barclay.

—¿Mi captura?

Se sentó, a la vez que susurraba la pregunta.

—El fiscal está muy interesado en conocer todos sus pasos desde esta madrugada, pongamos, a partir de la medianoche. Me corresponde interrogar. Antes convendría establecer un precedente necesario. Usted llegó ayer mañana al hotel «River» de esta ciudad, alojándose y dejando en su habitación una maleta. Se marchó a las cuatro de la tarde de ayer y ha reaparecido esta mañana a las ocho, volviéndose a inscribir, porque ayer declaró que posiblemente tardaría unos días en volver, y rogó le guardasen la maleta. ¿Pensaba permanecer más tiempo en Arkansas?

—Si, en efecto. No es ningún delito dejar una maleta, y cambiar de propósitos.

—No ponga las cosas más difíciles, Barclay. Le vieron. Precisamente en una postura sospechosa. Y a una hora intempestiva.

—Ignoro lo que pretende, comisario. Sea más claro, y sabré lo que quiere.

—¿Qué hacía usted en el «Siete Sirenas», esta madrugada?

—¿Yo? Hay error.

—¡Hubo error! Está usted perjudicándose, Barclay. Le vieron. Y según sus antecedentes, usted es un hombre de estudios, no un obtuso delincuente. Compórtese adecuadamente. Hay negativas que equivalen a confesiones.

En el silencio que siguió, fué cuando Warren Wallace tuvo el primer vislumbre de la anormalidad latente en Rufus Barclay, que estaba sonriendo.

Una sonrisa sardónica, que le torcía los delgados labios, mientras mirando de soslayo, parecía estar viendo fuera de la sala, algo divertido, pero que a él no le causaba gracia.

Habló con expresión ausente, sin mirar al comisario:

—Cuando se llega a una degradación tan honda, todo resulta ya admisible. Me he arrastrado de rodillas ante una mujer, y fué entonces cuando debí matarla. Hay modos de enamorarse que

deben ser clasificados entre las enfermedades mentales, comisario. Empecé a enamorarme hace muchos años, y de ahí procede todo mi mal.

—Hable con más coherencia, Barclay. Todo esto que acaba de decir, pertenece a la tesis de su defensor. A mí sólo me interesa dejarle en paz lo antes posible.

—Al menos usted es humano, sencillo y cordial, señor Wallace. ¿Qué tengo que decirle?

—Espere un instante.

Se aproximó Wallace a la puerta, abriéndola. Entró Graham, esgrimiendo ya su bolígrafo de dos puntas, abierto el block.

—Le advierto, Barclay, que cuanto diga…

—… «podrá ser empleado en contra suya». Gracias. Conozco la fórmula, puesto que entre mis muchos estudios, figura un año de «Codex Digests».

—Esta madrugada, y más concretamente a las cinco y cuarto, reconocerá haber estado en el muelle de Rock Point.

—Estuve. Hacia las seis llegaba el fluvial de pasajeros del sur, y tenía ya el viejo Framer, su coche esperando. ¿Es él quién me vió saltar del barco?

—¿A qué hora entró usted en el barco?

—Pongamos no más tarde de las cuatro y media.

—¿Quién le recibió?

—Nadie. Entré gateando por la cadena y el cable de popa.

—¿Sabía el camarote ocupado por Manon Lesurc, cuál era?

—El de siempre. Es la gran estrella de Héctor.

—¿La vió?

—Hice más que verla, comisario, y usted lo sabe… ¿Por qué hemos de conversar así, como si todo fuera una charla trivial? Encontrará el cuchillo en la tubería del cuarto de baño del «River». Me lo llevé convencido que sería capaz de matarme. Pero es curioso… Ya no tenía motivos para matarme, puesto que ella estaba muerta, y se había acabado mi degradación. Antes yo era muy hombre, comisario. Pero a medida que ella se negó a ser mi esposa, fuí perdiendo la dignidad. No siento el menor arrepentimiento, y que sean otros los que acaben con mi vida.

—¿Pensaba escaparse, Barclay?

—Tenía mucho sueño, y decidí esperar a tomar mi decisión,

cuando me encontrara más despejado. Pero vino este hombre a detenerme.

—¿Reconoce, pues, haber matado a Susan Holyday?

Rufus Barclay, asintiendo, permaneció un instante como alelado.

De pronto saltó hacia delante, con los puños crispados.

Pero Warren Wallace tenía una corpulencia flemáticamente superior. Se limitó a coger las dos muñecas.

—Cálmese, Barclay. La mujer que usted asesinó era Susan Holyday.

—¡No, no!… ¡Yo la he matado a ella, a Manon!…

Días después, el poco impresionable Graham seguía comentando que las carcajadas de Rufus Barclay, le continuaban taladrando los oídos.

En su muy documentado informe, el adjunto federal Terence Montgomery, expresaba su rotunda convicción acerca del reconocimiento psiquiátrico de Rufus Barclay.

No fingía la enajenación mental. Una latente esquizofrenia, que estalló en crisis cuando él, que creía haber asesinado a Manon Lesurc, supo que había matado a una mujer contra la que no tenía ningún resentimiento.

Argumentaba también que no podía achacarse la menor culpabilidad moral a Manon Lesurc, puesto que ella siempre trató de aconsejar a Rufus Barclay que dedicara sus atenciones a otra.

Era indudable que si aquella madrugada, Susan Holyday no hubiera equivocado su camino, a causa de un exceso de intemperancia en la bebida, sería Manon Lesurc la que hubiera sucumbido a la vesania del enfermo mental.

Héctor Dupont acogió sin protestas, la orden de navegar hasta su otra escala de Vicksburg en el estado de Mississippi.

Fué el propio fiscal el que adujo el reglamento para los barcos incluidos en el apartado de «espectáculos flotantes»:

«Si por cualquier causa, quedare demostrado, pueden ser origen de escándalo o corrupción, queda facultada la autoridad competente, sin perjuicio de ulteriores sanciones, a exigir abandonen el estado donde concurrieren las circunstancias de escándalo notorio».

El «Siete Sirenas» zarparía aquella misma noche sin que ningún miembro de su personal, salvo Dupont y la transportada a la cámara

forense, hubieran bajado a tierra.

CAPÍTULO VI

James Benton aguardó a que los demás compañeros de oficina, fueran abandonando el local. Había quedado la noche anterior en ir al barco a las siete.

Pero ahora tenía que atender primero la extraña orden, recibida telefónicamente a las seis y veinte minutos. Le había llamado a su despacho Abraham Burns, y allí fué donde el comisario Wallace, desde su oficina, le indicó que acudiera con Abraham Burns a la salida.

Y su tío le miraba con furiosa ojeada, sin darle ninguna explicación.

Caminaron juntos, pero como dos seres repentinamente hostiles, hasta que ambos se sentaron en el despacho de Wallace.

—Esta noche, el periódico de Helena, lo llevará. Y mañana por la mañana, el nuestro. Ha sido detenido en Helena, y trasladado a la capital, un pobre loco, Rufus Barclay. Él mató, y ha confesado su crimen. No habrá pues salpicaduras para nadie, Abe. En cuanto a ti, Jimmy, no creo que hayas tenido ocasión de enterarte de nada de lo ocurrido a bordo del «Siete Sirenas».

James Benton denegó, estupefacto.

—Esta madrugada mataron a Susan Holyday, una de las bailarinas, por error. Un trágico error que salvó a Manon Lesurc. El señor fiscal ha dado ya la orden, y el barco zarpará dentro de poco. Está prohibido subir, y has llamado ya bastante la atención, Jimmy.

—Pero ¿qué es todo este misterio? Yo, francamente…

—Cuando sea vista la causa en Little Rock acudirán a testificar los del «Siete Sirenas», permaneciendo mientras en Vicksburg. No interesaba tenerlos aquí, después del asesinato. Era un reclamo morboso, como dijo acertadamente el señor fiscal. Hágame un

favor, Abe. Vaya a tranquilizar a Sidney, mientras yo hablo unos instantes con este mozalbete. Hasta luego, Abe.

—Buenas noches, comisario.

Había cierta mansedumbre en el tono de despedida.

James Benton dejó de hacer sonar sus nudillos, síntoma de perplejidad. Era absurdo, pero el comisario Wallace le producía siempre cierta inquietud, como si tuviera la conciencia poco tranquila.

Esto le venía sucediendo desde que tenía uso de razón.

—Vamos a hablar con tranquilidad, Jimmy. Esta madrugada mataron a una chica compañera de Manon, confundiéndola con ella. Tuve que hacer unas investigaciones, hasta que detenido el asesino, todo ha vuelto a su cauce normal. Pero, mientras, he sabido que existió un poco de tensión entre tu padre, tu tío y tú. Ellos tienen mucha más experiencia de la que puedes imaginarte. Y por encima de todo, te quieren. Es indiscutible, ¿no?

—Sí, señor.

—Les has causado ya bastante inquietud. ¿Piensas proseguir apenándolos?

—Yo no quiero apenarles, señor Wallace, pero si Manon me quiere, soy mayor de edad, y puedo seguir mi voluntad. No quieren admitir que Manon no es una cualquiera, sino una artista.

—Y tú un muchacho sin medios ni empuje para consolarte cuando ella, la artista, en un arranque de su temperamento, te deje.

—Ella me quiere, señor Wallace.

—Tengo cuarenta y ocho años, Jimmy. ¿Me concedes un amplio margen de confianza?

—Sí, señor.

—Empezaré pues por admitir que Manon Lesurc no es una cualquiera.

—Dígamelo así a mi viejo.

—Le consta a él como me consta a mí, que Manon Lesurc es peor que una cualquiera, porque tú no te habrías enamorado como un ternerillo, si ella no fuera como es. Te voy a hablar de Rufus Barclay, Jimmy. Hace cuatro años, en Nueva Orleans, todo el mundo aseguraba que Rufus Barclay y Manon Lesurc se casarían, y formarían un matrimonio ideal. Él era hijo de buena familia, terminaba su carrera de ingeniero naval, y estaba bien considerado.

Esta misma tarde, le he oído reír, antes de que se hiciera cargo de él un psiquiatra. ¿Y todo por qué? Porque cuando Manon Lesurc se cansó de Rufus Barclay, le dijo: «Amiguito, déjame en paz y búscate una mujer menos complicada que yo. Yo soy una artista, y mi única ambición es llegar a la gloria de Broadway». Pero Barclay no quiso conformarse, y empezó la lenta caída hacia el abismo. Lo que él llama su degradación. Súplicas, reñir con su familia, abandonar su trabajo, ser echado del barco, trabajar, en lo que se presentaba, para coger cuatro dólares, y enseguida intentar ver a Manon… Ayer mismo, por la tarde, os estaba acechando en el lago. Y por la madrugada, entró en un camarote, y hundió su cuchillo en el costado de la que creía ser Manon, durmiendo. Pero era una infeliz. La debiste ver anoche cuando fuiste a cenar antes del espectáculo con la compañía artistesca del «Siete Sirenas». También tenía el cabello rojizo, sólo que en ella era teñido.

—Sí que es horrible todo esto, señor Wallace. Pero si no lo considera una presunción, yo tengo mi orgullo. Y si Manon no me quisiera, pues yo… no suplicaría, ni me degradaría.

—También decía lo mismo hace cuatro años Rufus Barclay. Y tenía una ventaja sobre ti. Era rico.

—¡Manon desprecia el dinero! ¡Vive solo para su arte!

—No lo dudo, pero mientras la ves vivir para el arte, ¿de qué vas tú a vivir, si la sigues?

—¿Se lo ha dicho tío Abe?

—Se adivina, Jimmy. Y legalmente, nadie puede impedirte que vayas a reunirte con ella.

—El maestro Luchesi me ha probado la voz, y está seguro de que puedo triunfar. A todo el mundo hay que darle su oportunidad.

—Tu viejo se va a quedar muy solo.

—Puede reunirse conmigo tan pronto yo gane los primeros dólares. Yo le quiero, pero soy joven y tengo que intentar mejorar mi suerte.

—Llegarías a ser el jefe contable de la compañía…

—Me pudriría entre facturas y sumadoras, ahora que el maestro Luchesi ha asegurado que puedo triunfar.

—Hay miles de jovencitos guapos y con buena voz, Jimmy. No es tanto el valer, como la suerte, lo que determina el éxito. En fin, nadie te impedirá lo que tú ya has decidido. Pero de momento, vas

a irte a tu casa, ya que no podrás subir a bordo. Queda entendido que me obedecerás.

—Si, señor.

—¿Cuándo piensas pedir una quincena de permiso a tu compañía?

—Mañana mismo, si puedo. Ya sólo tengo el deseo de llegar a ser alguien. Y espero que mi padre sabrá comprenderlo.

—Sabrá sacrificarse una vez más. Anda, Jimmy, vete, y si es por tu bien, que triunfes. Nadie tiene la culpa de nada en todo este problema. Eso es lo malo.

James Benton abandonó el despacho. Y media hora después, iba en el tren con billete hasta Vicksburg.

A las once de la noche, Warren Wallace de regreso de Little Rock, miraba complacido el conocidísimo paisaje de la ciudad.

Ya no estaba el barco, y todo volvería a la normalidad. Durmió de un tirón, y al día siguiente a las nueve de la mañana, reanudó la tarea que él llamaba «burocracia cretinizante».

Se comentaba mucho por la ciudad, la escapada del joven Jimmy Benton, que había tomado billete para Vicksburg, donde habría de anclar el «Siete Sirenas».

Al mediodía, el comisario Wallace llamó a la puerta de la casa habitada por los Benton.

Esperó pacientemente. Le gustaba a Sidney Benton ver amanecer sobre el río, lo cual hacía que se levantase luego de la cama, hacia las doce, y se acumularan en su puerta, en la cesta dejada con esta finalidad, las provisiones.

Los repartidores leían la lista, y respetaban la costumbre del excéntrico viudo.

Apareció demasiado normal. Calzado y vestido.

—Buenos días. Wallace. Ya me dijo Jimmy que usted estuvo muy paternal.

—¿No hubo intemperancias en el muchacho?

—No, no… Estuvo sencillamente terco, pero es bueno. No le iba yo a decir, que su nuevo ídolo, el maestro Luchesi, es un farsante. Jimmy tiene voz, pero nunca podrá llegar a ser más que una medianía. Espero que algún día regresará… sin que sea grave el desengaño. ¿Qué otra cosa podía yo hacer? No debí ser tan libre de modales. Me perdió el respeto…

—Eso no. Sidney, eso no.

—Ya me comprende usted, Wallace. ¿Tomamos una copita?

—Eso es, una copita. Demontres, ¡eche fuera la pena! ¿O se cree que me engaña, viejo? Usted ha estado llorando como un ternero… Y también Peggy, se pasaría la mañana llorando. Hay ocasiones en que bendigo ser un solterón aburrido y egoísta. Me pierdo buenos momentos, pero me ahorro estos instantes.

—Vamos a brindar por la felicidad de Jimmy, de Peggy, y de la francesa, si es preciso. Nada se resuelve por las malas. Fué una lástima que Barclay se equivocase.

—Usted debería irse con Abe. Y aquí, sólo del todo, no le conviene.

—Ni hablar, Wallace. ¿Es que no conoce a Esther? Nació para dominar, y si Abe la soporta, es porque la quiere. Tengo pensado darme una vuelta, por el sur, y dejaré mi dirección por si acaso Jimmy regresa antes de lo previsible… Pero lo dudo.

—¿Piensa ir a Nueva Orleans?

—A cualquier parte, menos por donde esté ella. ¿No sabe una cosa, Wallace? Esta madrugada me lo pensé repetidamente, pero llegué a la conclusión de que si mataba a Manon, me quedaba igualmente sin Jimmy. ¿Otra copita?

—No hay nada como saber ser comprensivo, Sidney. Bien, gracias por las dos copitas, y que pronto todo se normalice…

Todo pareció normalizarse de nuevo. Pasaron los días, y se olvidó el suceso, así como la desaparición de los dos Benton. También pasó la oleada de comentarios que suscitó la marcha de Peggy Nolan la taquimecanógrafa, que fué a residir a Miami, contratada por una agencia de viajes.

Se aplazó por un año, la vista contra Rufus Barclay, recluido en un sanatorio bajo la vigilancia estatal.

Cuando el «Siete Sirenas» volvió a anclar en Arkansas City, meses después, no figuraba entre su personal Manon Lesurc.

A quien preguntó por ella, Dupont contestó que se hallaba en Nueva York.

¿El joven Jimmy Benton? También en Nueva York. ¿Se habían casado? Lo ignoraba. No era asunto suyo, inquirir noticias de gente desagradecida, que abandonaba su barco casi sin despedirse, como hicieron ambos, tan pronto el barco ancló en Bâton Rouge.

CAPÍTULO VII

El sargento de guardia en la comisaría más atareada de Nueva York, la sexta de Brooklyn, tenía ya su método personal.

Para ahorrarse preguntas, cuando le traían a un detenido, más o menos deteriorado, inquiría:

—¿Tienes ficha?

De cada diez, ocho contestaban afirmativamente, también deseosos de perder de vista a los uniformados policías.

Eran las tres y cuarto, cuando dejó de increpar mentalmente al autor del crucigrama en aquella revista, que ponía palabras de once letras con definiciones de menos de tres.

—¿Tienes ficha?

El interpelado no replicó. Uno de los agentes, lo hizo en su lugar:

—Lo encontramos corriendo por la Doce, tras un coche, que no era un taxi, sargento. Y quiso liarse a puñetazos con nosotros. Le atizó un puntapié a Callaghan, y por esto le colocamos las anillas. Apesta a alcohol, y se puso a insultarnos.

—Desacato y agresión a la autoridad, como preliminar, joven. ¿Nombre?

—Jimmy Benton.

—¿Estado?

—Borracho perdido.

La respuesta provocó en los dos agentes una sonrisa, que contuvieron ante el ceño feroz del sargento, deseoso de volver cuanto antes a la palabra de once letras que significaba «hogar de mariposas».

—¿Soltero o casado, Benton?

—Ni lo uno ni lo otro. A medias.

—¿Viudo?
—Todavía no.
—¡Llévenselo a la ducha, y métanlo en la jaula! Y usted en vez de reírse, Callaghan, abróchese la guerrera. Que interrogue al gracioso, el que me releve. Lo anoto en su haber, Jimmy Benton. «Embriaguez».
—No hay por qué enfadarse, jefe.
Pero ya los dos guardias llevaban casi en volandas al que hablaba con un desgarro barriobajero.
El sargento hincó la punta del lápiz en la casilla de cuadros blancos y negros.
Prefería los crucigramas a los embrollos humanos. Aquel muchacho que contestaba con insolencias, no era un pillete de Brooklyn. Tenía en el acento disonancias del sur, y pese a provocar risas, en los que le habían detenido, no era un bebedor alegre.
Volvió al crucigrama.
A las ocho de la mañana, James Benton pasó en fila india a la ducha, mal despierto por las poco amables sacudidas de los guardias.
Empezó a recordar su absurda actitud de la noche transcurrida, sin poder fijar a qué hora se enzarzó a pelear con dos policías.
No eran como él, aquellos individuos que estaban duchándose, y sin embargo, ahora recordaba que todos ellos procedían del mismo compartimiento encuadrado entre rejas, semejante a una gran jaula del zoológico.
Los había marcados con el estigma evidente del alcoholismo inveterado. Predominaban los clásicos vagabundos, que eran familiarmente reconocidos por los celadores.
Era vergonzoso, y no le volvería a suceder. Procuraba pasar inadvertido, imitando en todo a uno que se diferenciaba de los demás, en que vestía elegantemente, y al que como a él, ningún guardia le hacía objeto de bromas.
Mutuamente se aproximaron, cuando estuvieron todos aseados.
—¡Roland Carleton! —llamó un guardia, al tiempo de abrir una cancela.
—Creo que así me llamo —replicó displicente, el joven elegante.
—Venga aquí. ¡James Benton!
—Yo.

El guardia volvió la espalda, y tras él fueron los dos llamados, hasta que se detuvieron ante el estrado, donde el sargento de guardia, empezando su turno, miró el grueso libro abierto en el pupitre.

—¿Cuál de estos dos pollos es Roland Carleton?

—Yo.

—No contestó anoche coordinando, señor Carleton. Ingresó a las tres y media, en estado de embriaguez, negándose a dar su dirección, y fué preciso ponerle las esposas. No tiene antecedentes, y puede evitarse el pasar ante el juez, por ser la primera vez. La próxima sea donde sea, reaparecerá su estancia en la «nevera», señor Carleton. No se escapará de los quince días. Puede irse. Recoja todo esto, y procure no volver a las andadas.

—Gracias. Buenos días.

—Acérquese usted, pollo. ¿Se llama Benton, James Benton?

—Sí, señor.

—Opuso resistencia, pero el funcionario agredido, declara que no hubo en usted intención de causar daño. Aplíquese lo que acaba de oír. Recoja lo que le quitaron de los bolsillos, en evitación de que se lo quitaran otras manos no funcionarías. Procure no volver. Adiós. Benton.

—Adiós, señor.

Tenía prisa por salir a la calle. No le extrañó encontrar en la otra acera, a Roland Carleton caminando lentamente hacia la entrada del tren subterráneo.

También Benton necesitaba desayunar, y en el café de la estación del metro, devolvió la sonriente mirada al otro recién salido. Fué Carleton el que vino a sentarse a su lado, trasladando su taza y plato.

—Ya hemos sido presentados. Creo haberle visto antes de ahora, Benton.

—Canto en el «Paladium», con la orquesta Craven. Pero anoche me encontraba un poco afónico.

—Le recuerdo. Voy con frecuencia al «Paladium». Un local agradable, bastante más que el que acabamos de conocer. Me dió anoche por creerme más robusto de lo que soy.

—Y a mí por sentirme solo.

Rieron los dos, pero aun algo cohibidos.

Siguieron desayunando, hasta que Carleton ofreció su pitillera.

—Lo peor no es dormir entre borrachos habituales, sino lo que nos espera. Explicar a los nuestros, a los que ya han avisado, después de tomar nota de nuestra documentación.

—Yo no tengo familia aquí. Pero, claro, está ella, mi novia.

—Eso no es grave.

—Usted es del Sur, ¿no?

—Y tanto… —rió Carleton—. De lo más al sur posible. De Nueva Orleans.

—Igual que mi novia. Yo soy de Arkansas.

—Iremos cobrando fuerzas para el momento de las explicaciones. A lo mejor, conozco a su prometida.

—Es Manon Lesurc.

—Lesurc… ¿No será la primera bailarina del «Lido»?

—Sí. Ella misma.

—Caramba… Le felicito, amigo. Además de bonita, es una artista excepcional. Con un par de años de tablas, podrá ser figura en el «*ballet*». Verá, yo vine a pasar unos meses, y rara es la noche que no asisto a espectáculos… salvo anoche, que lo di yo.

Simpatizaba Benton con aquel elegante sudista.

—Mayor lo di yo. Figúrese que me acuerdo perfectamente que eché a correr tras el coche en que iban mi prometida y Merriman. Es el empresario de los circuitos artísticos, y yo sabía que tenían que acabar de concretar un contrato, pero me dió un repentino ataque de celos. Algo verdaderamente estúpido. Ella debió verme, y estará indignada, con razón.

—Bah. El espíritu endemoniado que salta desde el cristal de una copa a nuestro cerebro nos hace cometer tonterías… Resultará menos enojoso, si los dos nos confesamos a la par. Usted quedará menos balbuciente, si compartimos la responsabilidad. Diremos que estábamos juntos, y que yo le aposté a que no cogía el coche. Y usted después me devuelve el favor, mintiéndole a mi tía. Una sesentona que ha venido a recorrer monumentos y bibliotecas.

—Se lo agradezco, Carleton. Aunque Manon hasta las dos no quiere ser importunada… Bien, quiero decir que está en manos de peluquera, manicura, pedicura, yo qué sé…

—Inconvenientes de ser artista. Haremos una cosa. Iremos a dormir, y a las dos en punto, en forma, pediremos humildemente

escusas a nuestros familiares.

—Es sólo mi prometida.

—Pero se casarán. Y después, usted viene a salvarme de los picotazos de mi tía. Es una excelente mujer, pero bastante semejante a un loro.

A las dos y cinco minutos, fueron saliendo de una habitación del hotel del Riverside, las componentes del servicio del instituto de belleza, que atendían a Manon Lesurc.

Tímidamente, James Benton penetró en la antesala.

Le reconfortaba la presencia a su lado, del elegante Carleton.

Manon Lesurc habló desde el interior del cuarto de baño, cuya puerta estaba abierta, comunicando con la alcoba, en cuyo umbral tosió Benton.

—¿Eres tú, Jimmy? Realmente empiezas a comportarte como un tonto…

—Está conmigo el señor Carleton, Manon.

—Me dijeron que te sacarían libre, cuando esta mañana telefoneé a todas las comisarías. Estabas bebido, Jimmy…

—Este servidor suyo es el gran culpable, señorita Lesurc. Yo le propuse una apuesta al estilo de Nueva Orleans, olvidando que no estábamos a caballo, sino a pie, y le iba a ser imposible alcanzar el coche.

Manon Lesurc salió, impecable en su terminada «*toilette*». Sonrió mirando a Carleton:

—No recuerdo haberle visto anoche, pero tampoco necesita Jimmy ningún abogado defensor, señor…

—Ronald Carleton, señorita, devoto admirador.

Ella tendió la diestra, que Carleton besó con fácil inclinación. Se irguió para declarar:

—Tengo entendido que Jimmy disfruta del honor de acompañarla en sus comidas. Me retiro, pues…

—No se precipite en abandonar a su amigo, señor Carleton. Este mediodía he sido invitada por la esposa del señor Merriman, y esta noche, asisto a una fiesta en casa de los Merriman. Es algo así como mi primer contacto con los críticos, ha dicho el señor Merriman. Te haces cargo, ¿no, Jimmy?

Forzó él una sonrisa.

—No me queda más remedio. Es tu carrera y tu porvenir.

—Y espero que el señor Carleton sabrá emplear su amistad en demostrarte que lo que es pasable en un ocioso, no lo es en un profesional, Jimmy. Me ha dicho Jerry que estás afónico, y que debes cuidar tus cuerdas vocales. No será bebiendo… Si has traído al señor Carleton, tu nuevo amigo, no puede molestarte que te diga lo que es necesario decirte.

—Pudiste elegir otro momento. Bien, admito que me he merecido la reprimenda. ¿Cuándo te veré, Manon?

—Mañana al mediodía, me telefoneas. Espero que estaré libre de todo compromiso. No me eche a perder a Jimmy, señor Carleton. No tome a mal que les despida, pero tengo que arreglarme para no hacer esperar a la señora Merriman.

En el corredor, dijo Benton, con fingida jovialidad:

—Nos ha echado.

—Muy cortésmente. Pero es sincera y no puede saberle mal, Jimmy. Usted mismo admite que se debe a su porvenir. Por cierto, tratémonos de tú, ¿quieres? Mi tía no me admitiría una coartada amistosa con quien me hablase ceremoniosamente.

La mujer que Carleton presentó como tía Flora, era indudablemente una dama sesentona, de graciosa severidad, perfil ganchudo y tendencia a profecías siniestras.

Por más que insistió Carleton, Jimmy Benton alegó que tenía que comer a régimen, y presentarse a las tres al especialista en garganta.

Cuando se despidió, la anciana, ya a solas con Ronald Carleton, dijo:

—¿Estimaba usted necesaria esta comedia, inspector?

—Por completo, señora Barclay. A usted le interesa demostrar que Rufus no mató…, pese a su propia declaración. Y yo se lo dije cuando me consultó y hube estudiado el caso del asesinato de Susan Holyday. Pero no es tan fácil demostrar que la asfixia precedió al cuchillo, y que Rufus no causó la asfixia que el dictamen forense especifica coincidente y precediendo en escaso tiempo a la penetración de la hoja de acero…

—Ojalá consiga usted demostrar que Manon Lesurc sabe quién es la persona que precedió en el camarote del «Siete Sirenas» a mi nieto. Este muchacho no parece malo…

—No lo es. Como no lo era Rufus.

—Mujeres como la Lesurc no deberían existir.

—Pero existen, señora Barclay.

—¿En qué se fundamenta usted para creer que James Benton está siguiendo los mismos pasos de Rufus?

—Ha sido despedido, y era contratado porque lo exigía Manon. Ella se ha cansado ya de Jimmy. Lo quiso, es indudable. Y hasta, estoy por asegurar que por entonces, cuando lo conoció, encubriría a alguien… relacionado con Jimmy. Hoy le trata con amable desdén. Y él se da cuenta, pero se aferra a ella, incapaz de comprender que el idilio ha terminado. Que Manon sólo se casará con su arte.

—¿No cree que ofrecerle una buena cantidad a esta mujer podría facilitar su tarea, inspector?

—Ella no reconocerá nunca voluntariamente que encubrió a alguien. He estudiado a fondo todo el expediente, a petición de su abogado, señora Barclay. La declaración de culpabilidad reconocida por Rufus, terminó con las investigaciones. Pero hay tres personas que tuvieron interés en matar a Manon Lesurc, porque ellas sí que querían de veras al atolondrado Jimmy. Me refiero a su padre, a su tío, y a la que había sido tácitamente considerada como su novia hasta que apareció Manon. La señorita Peggy Nolan, cuya agencia aceptó conservar secreto el motivo de su traslado. Así ella ignora que si de la sucursal de Miami ha pasado a la central de Nueva York, es porque interesa que esté no sólo a mi alcance, sino en la proximidad de su antiguo novio… y de la qué se lo arrebató. En provincias se toman el amor muy en serio, señora Barclay.

CAPÍTULO VIII

Peggy Nolan cerró la carpeta, terminada su tarea. Llevaba cinco días en la central de Nueva York, y añoraba la plácida familiaridad de Arkansas, donde todo el mundo se conocía.

En cambio aquí, avalanchas humanas, tomando, por asalto el «subway», mirándose con indiferencia y hostilidad, prisas, apretujones, constante movimiento, y un ambiente de cansancio y mal humor a última hora de la tarde.

Casi se sintió agradecida cuando aquel elegante joven, descubriéndose, le interceptó el paso:

—Corríjame si me equivoco, señorita, pero usted es Peggy Nolan.

No había nada del conquistador vulgar y callejero en aquel transeúnte de acento sudista.

Contestó ella, tratando de recordar:

—Sí, en efecto, soy Peggy Nolan, pero… en estos instantes, no acabo de recordarle.

—Era en Arkansas, hace unos seis meses. Fui a la «Conection» y usted me atendió con tal amabilidad, tan sencillamente, que siempre pensé que todos tendríamos mejor humor, si abundaba más la sencilla cortesía. Me llamo Carleton, Roland Carleton, y me viene muy grande este pueblo.

Sonrió ella, asintiendo.

—Podemos seguir el mismo camino, si no la importuno, Peggy.

—Realmente, no tenía un camino fijo, señor Carleton Algunas veces, en Miami, iba… Bien, aquí estamos en otro pueblo.

—Hace algo de norte —rió él, empleando la expresión del Sur; para designar el frío—. Una taza de mitad-mitad nos reconfortaría.

Para Peggy Nolan todo era natural en la gran ciudad, entre dos

forasteros que se encuentran. Además, Roland Carleton daba la impresión de un amable pero firme caballero, sin equívocos.

Charlaron de diversas cosas, hasta que ella misma, sin saberlo, dió la ocasión a Carleton, al decir:

—Los de Arkansas deben encontrarse muy bien en su región, o es muy grande Nueva York, pero el caso es que no he visto a nadie de por allá.

—Esta mañana vi yo a un «ozark». Nos conocimos casualmente. Tenemos que cenar juntos, para no sentirnos tan solos. ¿Por qué no nos acompaña? Entre tres, estaremos más cómodos. Uno podrá comer, mientras los otros, dos charlan. Es la ventaja de cenar en trío de emigrados.

—Puedo decir que si es un «ozark» tengo que conocerle forzosamente. Todos los de Arkansas ciudad nos conocemos. A lo mejor es Francis Drew, el representante de maquinaria.

—Se llama James Benton.

La tacita chocó con el platillo, y Peggy Nolan cerró los ojos, crispando la boca.

—¿Le sucede algo, Peggy?... De pronto, ha sido como si le diera a usted un golpe... Soy incapaz de ello, palabra. ¿Qué he podido yo hacer que la moleste, Peggy?

—No se preocupe. Roland. He sido una tonta... Es que, verá, Jimmy Benton fué mi novio.

—¡Evohé! Pues voy a confesarle algo, ya que se tercia. Me alegro que el azar nos haya reunido. Yo presumo de conocer a los que están al borde de la desesperación, y ahí tenemos a Jimmy, su antiguo novio, siguiendo un mal sendero.

—Preferiría no hablar de Jimmy.

—Hasta ahora usted es la imagen de la muchacha valerosa, honesta, y franca. Ahora bien, si me considera un entrometido...

—No es eso. Es una historia desagradable, y aunque parezca extraño, me inspira usted confianza, Roland Hay mucha rectitud en usted.

—Al menos, si mis medios son sinuosos, siempre pretendo llegar a un rectamente acorde con mi conciencia. ¿Qué le pasó con Jimmy?

—Cosas de provincia... No éramos formalmente novios pero equivalía a ello, ya que desde muy pequeños los dos nos sentíamos

atraídos… Hasta que apareció «ella». No era una mujer vulgar, porque de haber sido así, Jimmy la habría olvidado pronto. Jimmy abandonó su pueblo, sin despedirse, y ya no se ha vuelto a saber nada de él, según me escribe una amiga. ¿Y dice usted… que está desesperado?

—¿Se llama Manon Lesurc la intrusa?

—Sí.

—Entonces, todo queda relacionado. Manon Lesurc aparece ya en las crónicas de espectáculos como la gran primera bailarina del próximo «*ballet*» que montará el famoso Merriman. Parece ser que el tema del «*ballet*» ha sido inspirado por la propia Manon. Se intitulará «Las Siete Sirenas».

—Era el nombre del barco dónde ella bailaba.

—Leo las crónicas, y por esto como me apasiona el baile, estoy al corriente de las novedades. Según parece, el «*ballet*» quiere representar, en las siete bailarinas, los siete pecados capitales, figurando Manon Lesurc la Soberbia.

—Le sentará adecuadamente.

—¿La conoció?

—Hablé con ella… Bien, es un secreto, porque a nadie me atreví a confesarlo. Pero con usted, no me siento ya la ridícula pueblerina. Yo sabía que ella esperaba a Jimmy en el lago de Rock Point, y la tarde anterior al día en que se fueron, me crucé en su camino cuando bajaba del barco. Le dije que Jimmy era un muchacho muy diferente a los que ella estaba acostumbrada a conocer. Casi le rogué que no alentara en él los sentimientos… bajos. Ahora, comprendo que estuve torpe. Ella se indignó conmigo, y me empujó con rudeza. Aquella noche dormí muy mal. Sabía ya que Jimmy quería marcharse, y tuve pesadillas. Algo horroroso, porque hasta pensé en matarla… ¿Sabe qué? Porque yo conocía bien a Jimmy, y sé que estaba labrando su mal y el de los suyos. Su pobre padre, un simpático romántico…, abandonó la ciudad, y le vieron hace un mes, alcoholizado, en un pueblo pesquero de la costa de Delaware. Fué en todos conceptos la desgracia lo que atrajo para varias personas de Arkansas la aparición de Manon Lesurc. Hoy comprendo que ella es así. No es perversa… Es que, inconscientemente, provoca la tragedia.

—Es usted magnánima y buena. Una buena chica, Peggy. Debe,

pues, sacar a Jimmy del atolladero.

—¿Ella le causa, penas?

—No. Ya lo ha reconocido usted misma Manon se enamoró, y tal vez hubo también algo de amor propio, de afán de vengarse de la humillación que le representaba que ustedes la conceptuaran una mujer indigna del amor de un jovencito provinciano. Hoy ya no está enamorada. Vive tan sólo para su arte, porque puede triunfar. Y cada vez hay menos unión entre ellos… Creo que es el momento oportuno. Usted ha de ser la valiente, que es más valiente quien vence su amor propio… Jimmy se hospeda en el «Taylor», una pensión de músicos y artistas. Busque su teléfono y llámele. Invente… Yo no quisiera que Jimmy cometiera una tontería. No es mal chico, y creo que empieza a ver claro. Ayúdele.

—Es usted muy bueno, Roland.

—No tanto como piensa, Peggy. Y mejor que no me aluda, porque a los hombres nos gusta inspirar cariño, sin que intermedie un consejero. Me tomo estas libertades con ustedes dos, porque creo que todavía están a tiempo. ¿Me permitirá mañana pasar a verla y saber cómo va todo?

—Se lo agradeceré, Roland.

* * *

Colgó Benton el teléfono. Carleton se excusaba, dándole cita para las diez aquella noche.

Al cabo de un rato regresó al teléfono, malhumorado. No sería Manon…, que pensaba sólo en su «*ballet*».

La voz le pareció lejanamente temblorosa.

»—¿Eres tú, Jimmy?

—¡Peggy! Pero ¿dónde estás, pequeña?

Antes había sido así. Él se sentía protector.

»—Mi agencia de Miami me envió a esta ciudad, y hoy leí revistas de atracciones, hasta dar con tu nombre, como cantor de la orquesta “Craven”. Telefoneé al local, y me dieron tu dirección. Me alegraría mucho si pudiéramos vernos, Jimmy. ¿O te molesta?

—Pero, chiquilla… Parece mentira que digas eso, ni siquiera lo pienses. Voy en un salto a donde estés.

»—En la droguería enfrente a tu pensión. Sí, Jimmy. Me alegrará

mucho vernos… Mira, he pensado que no te molestaría…

—Voy volando, criatura.

Peggy Nolan pasó al tocador. Tenía que borrar huellas de llanto. Era absurdo carecer de dignidad. No debía haber sido tan expresiva. Más indiferencia. Por ejemplo:

«Hola, Jimmy. Me he enterado por casualidad que…».

No, no podía ser. Habían jugado a muñecas apenas pudieron sostenerse en pie. Si ella amaba, él seguía teniéndole afecto, amistad. Sentimientos que ninguna sirena podría borrar.

En la acera, ella tendió la mano. Jimmy Benton le cogió las dos, sacudiéndolas torpemente, con sonrisa que quería fuese jovial.

—Sigues tan linda, pequeña. Nunca me pude imaginar que estarías en esta maldita ciudad. No tengo nada que hacer esta noche. Vamos a cenar juntos. Conozco un sitio tranquilo, no muy lejos. Déjame mirarte bien. Has cambiado, Peggy.

—¿Para bien o para mal?

—Estamos hablando con fondo de trémolos. Hace bien al alma encontrar una amiga antigua, y del pueblo.

—Estás más flaco, Jimmy. Y ronco…

—Una afonía. Mira, es aquí mismo. El dueño me conoce. Fué un gran cantante.

La mesita adornada con mantel de vivos colores, el jarro con flores, el compartimiento aislado, la campechanía del italiano que vino a imponer su menú, antes que ellos pidieran nada, produjo en los dos una sensación de intimidad amistosa.

—¿Te van bien las cosas, Jimmy?

—Mucho. ¿Y a ti?

—También.

James Benton permaneció un instante en silencio. Dió una palmada sobre la mesa, y como arrepentido de su arrebato colérico empezó a estirarse los dedos, haciendo crujir sus nudillos.

Un tic que, desde muy niño, significaba su contrariedad.

—No tengo que mentirte, pequeña. Me van mal… las cosas. Me han despedido, porque mi atonía no es incidental. Tengo las cuerdas vocales fatigadas, dice el especialista, canté demasiado, y sin dejarme controlar por el viejo… ¿Qué sabes de mi padre?

—¡Supongo que seguirá…! ¡Debes volver! Debes volver allá, y te acogerán con afecto…

—No volveré. Es feo lo que voy a decirte, pero sigo queriendo a Manon, y no lo puedo remediar. Ella se casará conmigo, cuando formalice su contrato, y yo… seré su agente artístico. Eso decidimos hace días, cuando mi voz empezó a fallar al micro. No me lo digas, porque lo sé. Parezco un ingrato que no agradezco cuanto por mí han hecho mi padre y mi tío Abe, pero no podría vivir sin ella. Me mataría si ella dejara de… Vamos a dejarlo, Peggy, porque me molesta hablar de ello. ¿Qué? ¿Has encontrado ya al hombre que te mereces?

—Todavía no. Todos me parecen poco…

—Así me gusta, pequeña. Valiente, y sin escenitas. Lo nuestro pudo ser muy bonito, pero pasó lo que pasó. ¿Hace tiempo que faltas de la ciudad?

—Al poco de tú irte, recibí una oferta de una agencia de viajes de Miami. ¡Jimmy!…

Siguió él la dirección de la mirada atónita de Peggy Nolan. Acababa de entrar un elegante y maduro individuo, acompañando a Manon Lesurc.

La fama de la cocina de aquel pequeño restaurante no podía ser tan atractiva como para que Merriman, el empresario multimillonario, acudiera.

Se aproximaron cuando Benton, en pie, saludó con extrañeza desde el umbral del compartimiento.

—Telefoneé a tu pensión, Jimmy, y me dijeron que Venías a cenar aquí. El señor Merriman quiere invitarte a la cena y a mi actuación. Te esperamos en el coche.

—Te presento a…

—No hace falta. Ya la conozco. ¿Cómo está usted, señorita Nolan? Encantada de haberla saludado. Buenas noches. Vamos, Jimmy. No podemos hacer esperar a los demás invitados.

—¿Me perdonas, pequeña? Mañana te llamaré… Mira, me llamas a cualquier hora…

Se alejó aprisa. Permaneció Peggy Nolan pensativa. Aquella mujer desdeñosa, soberbia, mandando en Jimmy como la dueña que hace chasquear los dedos para llamar a su perrito…

Era humillante.

Se sobresaltó, y Carleton, sentándose, explicó:

—No me atribuya dotes milagreras. Les vi entrar aquí, y

telefoneé a Manon, diciéndole que su actual prometido se estaba independizando. Por eso vino ella. Soberbia, ¿comprende?

—Lo que ha hecho no está bien, Roland. Empiezo a encontrarle misterioso, Roland Carleton. ¿Qué juego lleva usted?

—Hacerle ver por dónde está resbalando Jimmy. ¿No oyó hablar de un joven llamado Rufus Barclay?

—¡Barclay!… ¡El que fué acusado de matar, por error…!

—Fué acusado, ha dicho usted, misma. No significa necesariamente que matase, aunque llevaba tiempo mentalmente fatigado. Era un muchacho inteligente, digno, de buena familia… Lo perdió todo: inteligencia, dignidad, familia, porque no hubo quien luchara en su ayuda.

—Hay luchas imposibles, un hado maligno protege a mujeres como Manon.

—Sí. Murió una infeliz, y ella sigue con vida.

—Perdone, pero prefiero irme a mi hotel. No me acompañe… Creo que será mejor que pida mi traslado a otra sucursal.

—¿Teme volver a enfrentarse con Manon?

—Tal vez… Pero yo no soy tan ecuánime como le pude parecer. No lo hará adrede, pero ella causa mucho mal. Está destrozando a Jimmy.

—No hace él nada por impedir el destrozo.

—Convirtió en un vagabundo solitario a Sidney Benton, que sólo tenía dos cariños: el recuerdo de su esposa y a Jimmy. Buenas noches, Carleton, No insista, por favor. Quiero irme sola.

Roland Carleton asintió. Tenía una entrevista importante, para el día siguiente por la mañana. Quería demostrar su teoría… No era Barclay el asesino de Susan Holyday, ya que la Ley lo que castiga es quitar la vida a un ser que la posee…

CAPÍTULO IX

—¿Cómo está usted, señor? Espero que realizara el viaje confortablemente.

—Un viaje muy plácido inspector Carleton —contestó el comisario Warren Wallace—. Obtuve permiso por siete días, y puesto que la señora Barclay sufragaba los gastos, no tuve el menor inconveniente en acudir. Tiene usted fama de ser sumamente perspicaz, inspector. Y si pidió una excedencia para dedicarse de lleno al estudio del caso Barclay, no le extrañará que me sienta intrigado.

—Me permití darle cita en esta sala, porque es aquí donde se aloja también la señora Barclay. Ella no quiere inmiscuirse en nuestro técnico repaso del caso Barclay.

—El hecho sucedió en Arkansas, y los principales testigos se encuentran en algún lugar del Mississippi.

—También ellos han sido citados, a cuenta de la señora Barclay, aunque en el caso de Héctor Dupont, la negra Sarah y la artista Janis Olsen, fueron requeridos con legal citación, siéndolo solo como testigos esenciales, sin requerimiento coercitivo, Abraham Burns y Sidney Benton. Estarán todos reunidos esta tarde, en la oficina fiscal, en la que se ha inhibido, por exhorto, la fiscalía de Arkansas.

—Tengo la copia de sus escritos, inspector.

—No aludí a ellos a la reunión de testigos de esta tarde, aquí en Nueva York, por considerarlo prematuro. El fiscal Montgomery verificó un compendio intachable del caso Barclay. Del mismo modo, su atestado no dejaba nada en suspenso, comisario. Yo comprendo que mi juventud puede parecerle ofensiva.

—La pericia no se mide por años, Carleton. Usted ha dado

conferencias, ha escrito tratados y tiene en su haber la revisión, con finales sorprendentes, de casos considerados resueltos. Además, en el caso Barclay, nada se dictaminó puesto que se pospuso la vista hasta el 15 de marzo próximo. Usted intervino porque fué amigo de Rufus Barclay, y el asesoramiento jurídico de su petición de revisar para la defensa, es excelente. Se basa en tres puntos primordiales: Carencia de fuerza legal en la confesión de Rufus Barclay, reconocido demente. Reticencias en las declaraciones. Y consulta forense, ya establecida, con reiteración del informe primero dado por el forense que practicó la indagatoria legal.

—Lo sabe usted de memoria, comisario.

—Allá se dan pocos casos criminales, y tuve tiempo de ir repasando mis personales divagaciones.

—¿Admite, pues, que no apoyo una rehabilitación de tipo dudoso?

—Usted se habrá, informado de quién soy. Hice lo mismo. Le admiten como insobornable, y casi inhumano, en su fervor por el esclarecimiento de la verdad.

—Confieso que me sorprende usted un poco, señor.

—Creyó encontrarse con un comisario rural, y me halaga admitir que persisto en permanecer en un pueblo, porque los años me han ido convenciendo que la verdad tiene muchas facetas. Pasemos a la carencia de fuerza legal en la confesión de Barclay. Admitida, puesto que llevaba unos meses comportándose con anomalías. Pero el cuchillo figura como prueba básica. Lo compró Barclay, lo hundió en el cuerpo de Susan Holyday, y lo tiró por el desagüe del baño en el hotel «River». Abandonó fraudulentamente el barco, siendo reconocido por un testigo veraz. Puede beneficiarse de un veredicto de enajenación mental, pero está fuera de dudas que su cuchillo perforó el corazón de Susan Holyday.

—Usted no habría dado por concluso el atestado, de no haber existido esta prueba fehaciente.

—Empleo con deliberación el léxico legal, puesto que usted lo hace su principal punto de apoyo. Pasemos a las declaraciones. Es cierto que a las siete y quince de la mañana, Héctor Dupont y Manon Lesurc aluden a alguien de tierra, pero para nada mencionan a Barclay, contra el que sin embargo declaran a las doce y cuarenta, ante el fiscal. Lo llama usted «reticencia», pero fué el cochero

Framer el que, hablando con su colega Nesbit, al aludir a Rufus Barclay, suscitó en Dupont y Manon Lesurc la sospecha, que antes no manifestaron por considerar vejatorio atribuir un crimen a un atribulado ex caballero.

—Usted tomó declaración, a todo el personal del «Siete Sirenas». ¿Me permite llamar su atención sobre el folio 1 de la copia del expediente fiscal? Es la declaración de Janis Olsen, soltera, de profesión bailarina, veintisiete años, natural de Nueva Orleans. Le ruego se concentre unos instantes sobre el contenido de preguntas y respuestas.

El comisario Wallace fué leyendo:

> «Pregunta primera, tras las generales de la Ley:
>
> »—Usted habita el camarote izquierdo lateral, vecino del habitualmente habitado por Manon Lesurc. Dígame si oyó nada anormal.
>
> »—Nada en absoluto.
>
> »—¿Duerme normalmente?
>
> »—Desde las diez hasta las cuatro actúo en la pista, bailando en el espectáculo y con los concurrentes. A las cuatro y quince minutos, desmaquillada, me hundo en un sueño profundo.
>
> »—Tendrá su propia idea acerca del móvil que guió la mano criminal.
>
> »—Sólo puedo decir que Susan no tenía enemigos.
>
> »—Recuerde si de diez la cuatro, algo pudo llamarle la atención en la conducta de Susan Holyday.
>
> »—No hubo en ella nada desacostumbrado. Tenía un defecto la pobre Susan. Aborrecía las primeras copas, pero después perdía el sentido de la prudencia, necesaria en nuestra profesión y como no estaba exenta del descorche, seguía bebiendo, aceptando invitaciones hasta de sus compañeras, como de la propia Manon, que nunca bebe.
>
> »—¿Era común que Susan Holyday durmiera en camarotes ajenos?

»—Varias veces lo había hecho, durmiendo en el primero que encontraba, siempre en el ala del personal femenino.

»—Nada más, señorita Olsen.

Alzó la vista Wallace.

—Me he concentrado, inspector. No veo nada sugerente.

—Manon Lesurc estaba exenta del descorche, por su contrato. Es decir, no tenía que beber. Y aquella noche invitó a beber a Susan.

—Janis Olsen no concreta, sino que habla en términos generales. Usted quiere demostrar que Manon Lesurc tenía un interés especial en embriagar a Susan y que ella eligiera su camarote. Pero Susan, por si misma, como declaran los demás, a las cuatro bajó sola, penetrando en el camarote de Manon.

—Pudo Manon darle una cita.

—Pensé en esta posibilidad. Manon se siente en peligro, y decide dormir en otro camarote. Es una hipótesis, pero nuestro oficio nos exige demostrar. Ella admitió que Sidney Benton y Abraham Burns la amenazaron aquella misma tarde y por la noche, pero los consideraba incapaces de matar. Sugiere usted la posibilidad de que, a sangre fría, Manon Lesurc permitiera que Susan la sustituyera cuando era mucho más sencillo para ella estar alerta.

—Sí, señor. Todo son hipótesis, pero pasemos ahora al dictamen forense. Hace coincidir, por deducción lógica, la asfixia y la hemorragia interna. El agresor quiere acallar los gritos de la víctima y le cubre la cara con lo primero que a mano encuentra. La almohada. Apuñala, y se va. Pero han certificado otros forenses, y lo acepta el que dictaminó, que es sutil el intervalo que media entre la asfixia y la hemorragia, pudiendo ser cualquiera de estas dos causas la de la muerte. Si es una misma mano la que empuña el cuchillo y la que aplasta la almohada, no hay diferenciación.

—Usted tiende a demostrar que fué otra mano la que asfixió a Susan, precediendo la muerte a la llegada de Rufus Barclay. Es una hipótesis legalmente aceptable. Los asesinos se dan cita, para desfilar por orden.

—La muerte fué fijada como ocurrida entre cinco y cinco y media. ¿Dónde estaban en este lapso Sidney Benton, Abraham Burns y Peggy Nolan?

—¿Peggy? Vamos, Carleton, usted no conoce a la muchacha…

—Sí. Es valiente, decidida, y está muy enamorada. Es sensible, y juzga a Manon responsable de muchas vidas truncadas. Sidney Benton, noctámbulo, declara que estuvo paseando, y textualmente cita que se dedicó a la pesca de cangrejos con garfio, entre cuatro y seis. Solo, en el lago de Rock Point. Abraham Burns no recuerda si regresó a su casa a las cinco o a las seis. No tuvo, tiempo de pensar en que llevaba un reloj. Un hombre metódico siempre mira su reloj al disponerse a acostar.

—Salvo cuando algo le impide ser metódico. Y estaba preocupado por su sobrino.

—Peggy Nolan ha admitido que pensó matar.

—No consta en ninguna declaración.

—Me lo dijo ayer. Tuvo pesadillas, añade. Vivía cerca de Rock Point, y ocupaba una alcoba independiente. Hay, pues, tres personas con móvil más apremiante que Rufus Barclay, que llevó consigo un cuchillo durante algunos meses, y sólo lo empleó aquella misma noche, precisamente. Rufus Barclay ha mejorado mucho. Le atienden, legalmente, dos psiquiatras. Acepta todas las responsabilidades, pero dice que nunca colocó su mano sobre la cara de la yacente, sino que susurró su nombre… y sintió un vahído, arrodillándose. Después, lo primero que recuerda es que huyó, ocultando el cuchillo sangrante en su bolsillo, cuando se dispuso a bajar por la cadena de popa. Ya sé… No tiene fuerza legal. Se le ha llevado pacientemente a que reconstruya toda su actuación, desde que llegó a Arkansas, por la tarde. No recuerda quién, pero alguien le interpeló diciéndole que a las cinco en punto, Manon Lesurc estaría esperando en su camarote al que iba a ser su esposo. ¿Elucubraciones de un cerebro enfermo? Esta tarde lo sabremos, comisario. Acudirá, debidamente escoltado, Rufus Barclay. He obtenido que formen en rueda doce personas, en el estrado de identificaciones. Siete funcionarios de ambos sexos de la oficina fiscal, intercalándose con cinco citados: Sidney Benton, Abraham Burns, Peggy Nolan, Dupont y Janis Olsen.

—Benton, Burns y Peggy ignoraban la historia del noviazgo de Barclay.

—Error —dijo triunfalmente Carleton—. La conocía el cochero Framer, y lo comentó en varias tabernas de Arkansas. Y allí era el

plato del día hablar del enamoramiento del joven Jimmy.

—Ha trabajado bien, Carleton.

—Gracias, señor. He considerado mi obligación, por respeto a usted, permitir que Rufus Barclay vuelva a ser interrogado por usted, ante los dos psiquiatras que le escoltan. Lo tienen custodiado en la sala de retención de la fiscalía tercera. ¿Quiere hacerme el honor de visitarle, señor?

—Vamos.

* * *

Rufus Barclay, más grueso, pero siempre salientes los pómulos y cejas, hundidos los ojos pardos, se puso en pie al entrar Carleton y Wallace en la amplia sala de ventanas enrejadas y puerta acorazada.

Su sonrisa fué ambigua…

Los dos médicos estrecharon la mano de Carleton, y esperaron.

—Buenos días, Barclay. Creo que me recordará.

—Usted fué el amable comisario que me detuvo, y me habló afablemente. He tenido mucho tiempo para pensar en todo. Le recuerdo con simpatía, señor.

—Me agrada saber que ha mejorado de su pasajera indisposición, Barclay. Estos dos caballeros que le han acompañado hasta aquí, se han portado también afablemente con usted.

—Llamemos las cosas por su nombre, comisario. Los doctores me han atendido y sé que estuve atacado de demencia, pero con carácter incidental, aunque no esté todavía en condiciones de regresar a mi mundo normal.

—Bien. Todo se facilita así, Barclay. ¿Cuándo se entrevistó por última vez con mi colega el inspector Carleton?

—Hola, Roland. ¿Qué tal te encuentras? La última vez que te vi, Roland, estabas informando en la Audiencia, y aun no había yo empezado a saber lo que era sentirse desdeñado por una mujer a la que se ama.

—Así, pues, Barclay, sólo estuvo con estos doctores, que son del Cuerpo Auxiliar de Penitenciaría, perteneciendo uno al cuerpo fiscal, y el otro al pericial. No se molestará porque hable de ello, ¿eh, Carleton?

—Lo contrario me habría demostrado que usted no era tan sagaz

como pretenden, comisario. Barclay no ha recibido visita alguna, por expresa prohibición… ¿Quiere quedarse a solas con Barclay, comisario?

—Sí. Estaremos mejor, porque debo inmiscuirme en intimidades necesarias.

—Hasta luego, Rufus. Vamos, señores. Yo asumo las responsabilidades, y no ignoran que el señor comisario está facultado para interrogar.

Cuando desde fuera cerraron la puerta, Wallace fué a sentarse. Rufus Barclay tecleaba sobre los brazos del sillón.

—¿Qué concepto tiene de un policía, Barclay?

—Un místico que acepta un salario para emplear su inteligencia en lograr que el culpable de cualquier delito sea castigado.

—Todos los policías no son místicos.

—Una fruta tarada no pudre toda la cesta. Usted es, para mí, un hombre deseoso de que la verdad sea siempre la base de toda realización honesta.

—Yo tengo la honesta convicción de que usted entró en un camarote a las cinco de la madrugada, dispuesto a matar.

—Así fué.

—Bien, Barclay… Según el inspector Carleton, usted recuerda confusamente determinadas circunstancias, que no declaró entonces, porque se encontraba bajo los efectos de una excitación que se convirtió en trastorno mental.

—Me han permitido leer cuanto he querido, salvo prensa. He querido documentarme sobre la enfermedad llamada vulgarmente demencia. Estudié poco a poco, con menos temor, mi propio caso. Un mendigo que tiende la mano desde su infancia, llegará a viejo con buena salud, aunque naciera raquítico, porque su mente no sufre. Un hombre fuerte, viéndose mendigar amor, se trastorna, y cuando la crisis es vencida, si tiene la fuerza de voluntad de analizarse llega a mi conclusión. Quise matar, pero alguien me impulsó a hacerlo.

—¿Reconocerá a quien le impulsó?

—Cuando era niño rompí una muñeca de cartón aporreando con ella a una chiquilla. Recuerdo que ella se llamaba María, y que yo la acosé hasta un portal. Recuerdo la muñeca de ojos saltones y peluca del color de la zanahoria. He sido siempre incapaz de saber qué

edad tenía yo, ni dónde sucedió. Sólo veo la muñeca, el portal, y ni siquiera sé qué aspecto tenía María.

—Recuerda por lo tanto el lugar, el ambiente y ciertos detalles.

—Unas rocas junto al agua, donde poco antes se bañaba Manon Lesurc. Va obscureciendo, y me hablan…

—¿Una mujer rubia?

—Un hombre, confusamente entrevisto entonces. Me dice que a las cinco de la madrugada, en el camarote de Manon, entrará el que va a casarse con ella. Nada más. No aspiro a que me crea nadie.

—Le creo. ¿Qué hace usted desde que le dicen esto hasta el momento en que entra en el camarote?

—Permanecí aterido, junto al lago. No tenía más que una obsesión. Que no fuera a dormirme, porque a las cinco tenía que matarlos a los dos. Y veía perfectamente el reloj luminoso de la torre antigua a la otra margen.

—El torreón de los «*poney*-man», los correos a caballo cuando no había trenes y abundaban los uachitas por Arkansas.

—Lo calculé todo con premeditación. Hasta detalles absurdos. Conocía el barco al detalle. Elegí el camino mejor, puesto que sabía dónde velaba el hombre de guardia, y penetré en el corredor izquierdo, donde estaban los llamados camerinos. No se oía nada… Conocía bien el camerino de ella… Entré, acostumbrado ya a la penumbra, y lo primero que vi fueron los largos cabellos del mismo color que la caoba… Estaba ella sobre un costado, pero estoy tratando de comprender por qué razón caí como mareado repentinamente. Tal vez estaba aterido por la larga espera, y el reciente ejercicio, sin comer, me tenía debilitado… Permanecí un largo instante, que no puedo precisar. Pero sí puedo analizar por qué me puse en pie, afanoso por matar. Ella no había contestado a una sola de mis súplicas… Hundí el cuchillo, y me pareció que ya estaba todo terminado. Escapé… Y el resto es conocido.

—Está ya en condiciones de soportar lo peor, Barclay. Usted dice que se puso en pie, dispuesto a matar, cogido el cuchillo con la diestra. Es reflejo de simple equilibrio orgánico no actuar con un solo brazo. Mientras su derecho actuaba, no tendría usted el izquierdo inactivo.

—Me apoyé en el borde de la litera, casi rozando sus Cabellos.

—Pudo, pues, verle la cara.

—No. Todavía hoy no sé si era blancor de piel o de lienzo lo que trazaba un espacio… Pero puedo afirmar que no cogí nada de la cabina, ni le toqué el rostro. He reconstruido muchas veces todas aquellas horas. Fué primero una caverna obscura, donde poco a poco se formaban surcos de luz, fogonazos repentinos, sin que la luz se hiciera completa del todo. Quedan zonas obscuras, pero algo hay muy claro, comisario. Murió una mujer, y fuera yo o no fuera impulsado, nada altera el hecho: maté a una mujer.

—Esta tarde serán reunidos doce sospechosos, Barclay. Usted tendrá que intentar reconocer al que le habló en las rocas del lago. Es esencial esta prueba. No creo ya que tengamos más que hablar.

—Ninguna prueba alterará mi culpabilidad. Nada devolverá la vida a la que murió. He tratado de resignarme, pero no quiero rehuir mi castigo.

Ya cerca de la puerta, dijo Wallace:

—Lo lleva usted en su conciencia el castigo, Barclay. Y sólo a título de curiosidad: ¿qué experimenta hacia Manon?

—Es compleja la respuesta, comisario. No tiene ella la culpa de que, dejando de amar, siga suscitando amor. La creyeron una aventurera, y no es más que una mujer con un solo amor: su arte. Pudo quererme unos años, pero no quería casarse, porque decía que tenía que conservar su absoluta independencia, Tiene corazón, pero se rige por su ambición. No busca dinero, sino el aplauso con el que reconozcan su triunfo. Un egoísmo, de artista, que antepone su obra a sus sentimientos y a los ajenos. En realidad, no ha amado a nadie todavía. Uno puede admirar una maravilla, pero pretender abarcar y poseer lo inapresable, es afán imposible.

—Buenos días, Barclay.

Fuera, y mientras uno de los médicos entraba, el otro caminó hasta un despacho en compañía de Carleton y Wallace.

—Parece completamente capacitado para afrontar sus responsabilidades. Es mi opinión.

—Y la nuestra —afirmó el psiquiatra—. Sólo podría recaer en el caso, improbable de una emoción excesiva.

—¿Frente a ella?

—No. La considera ya como una lejana obsesión.

En la calle, comentó Carleton:

—Juzgando por usted mismo, señor, puede prestarse crédito a

Barclay.

—Puede… Pero un procedimiento tan tortuoso, tan alambicado como deja suponer alguien instigándole a matar a las cinco de la madrugada, no encaja en mentalidades como las de Sidney Benton, Abraham Burns y Peggy Nolan.

—Sólo cuando se descubren son tortuosos los caracteres más normales en apariencia. No soy escéptico, señor, sino científicamente incrédulo en el ser humano de una sola pieza. No existen buenos a carta cabal, ni villanos absolutos. La reunión y confrontación tendrá lugar a las cuatro. Pero, antes, puede usted interrogar.

—No. Si acaso, después… ¿Mantienen juntos a los citados?

—No, señor. Separadamente, hasta el momento de la confrontación. Ni se les ha comunicado la prueba a la que se someterán.

—¿Dónde dieron con Sidney Benton?

—Una agencia privada se encargó de la búsqueda. Lo hallaron en la isla Tercia de la bahía de Delaware, donde se dedicaba a trabajar por cuenta de una pesquería. No opuso la menor resistencia a declarar, puesto que sabía que un día u otro sería vista la causa. Eso es lo que dijo.

—A las cuatro menos cinco, volveré. Y si ha de ser para enmendar otro segundo yerro, deseo su éxito, Carleton.

CAPÍTULO X

—Es una mera formalidad, y lo mismo acabo de decir a los demás, señor Benton. Ha de jurar sobre la Biblia no hablar ni hacer manifestación alguna, aunque vuelva a verse con personas que hace tiempo no trata. Su cuñado, por ejemplo.

—Ya estoy, advertido de todo, señor. Tengo además entendido que en los primeros minutos será difícil que reconozca a nadie puesto que en el estrado nos dará directamente la luz desde unos arcos voltaicos, y el resto permanecerá a obscuras. Lo he visto en alguna película, aunque no empleado para testigos, sino para identificar «gangsters».

Sidney Benton, más colorada la tez, más opacos los ojos, hablaba irónicamente, pero sin sonreír.

Juró sobre la Biblia, firmó el reconocimiento de su responsabilidad si infringía el silencio impuesto, y cogido por el codo por un funcionario de le fiscalía, descendió unos peldaños hasta que le inmovilizaron contra un decorado blanco, en el que habían rayas verticales, espaciadas, con un número encima.

Quedó en pie, entre dos rayas, y sobre su cabeza el número 4. Los focos voltaicos, dando de lleno, impedían a los que iban alineándose divisar nada con claridad. Pestañeaban primero, hasta lograr la posición óptica adecuada. Mirar hacia el fondo, delante de ellos, hacia la densa obscuridad de la sala, donde se sentaban personas que ellos no podían divisar.

Siete eran funcionarios que nunca habían abandonado Nueva York salvo cortos periodos en que, por diversas causas, ausentándose de la capital, no abandonaron los límites del Estado.

En la sala, a cada lado de Rufus Barclay, estaban Carleton y Wallace.

Barclay había tomado asiento cuando ya estaban los doce personajes alineados contra el telón numerado.

Fué examinándolos en lenta observación. Pasaron largos minutos y por fin susurró:

—¿Puede hablar el número 8?

—Sí. ¿Qué quiere que diga?

—Tan sólo eso: «Hay que ser hombre, amigo»…

Habló Carleton por un micrófono, y en el estrado se animaron las figuras que parecían de cera…

—¡Número ocho! Toque en el hombro al número y, por favor, y vuelva a su sitio, Adams. Número 8, tenga la bondad de repetir exactamente la siguiente frase con su voz normal, sin alzarla ni codificarla. Diga exactamente estas tres palabras: «Hay que ser».

—Hay que ser —dijo, muy claramente, el funcionario designado.



El comisario Wallace siguió leyendo...

—Y dos palabras separadamente. Diga: «Hombre, amigo».
—Hombre, amigo.
—La frase entera, por favor.
—Hay que ser hombre, amigo.
—Gracias, número ocho —y se oyó el cierre de conexión.
—¿Qué deduce, Barclay?

—No es él. Tenía cierto parecido físicamente, pero sin poder concretar en qué… Los demás nada me recuerdan, pero si todos pueden repetir esta frase, acabaré de cerciorarme.

Todos repitieron la frase entera, por dos veces. El micrófono ordenó:

—Pueden retirarse, Adams.

Un telón cayó por delante del estrado, coincidiendo con el apagón de los voltaicos.

Rufus Barclay dijo:

—La persona que anochecido me habló, pronunció esta frase: «Hay que ser hombre, amigo». No es ninguna de estas doce.

Pasó Barclay a la sala de retención, y Carleton, con cinco miembros de la oficina fiscal, esperó con Wallace en la gran sala de audiencia.

Entró primero Héctor Dupont, que atendió la indicación del ujier sentándose en el banco destinado al jurado. Vino después Janis Olsen, rubia, pretendiendo comportarse discretamente. Ocupó el asiento a su lado Peggy Nolan.

Abraham Burns y Sidney Benton venían juntos, cogidos del brazo, se habían limitado a sonreírse.

La última en sentarse fué la camarera negra del «Siete Sirenas», encargada de atender los camerinos.

—Mañana a las once tendrá lugar la primera sesión judicial —empezó a decir uno de los abogados—. Han sido ahora reunidos, y no quedan relevados del juramento, para ratificar o retractarse en sus primeras declaraciones referentes a la encuesta llevada a cabo para decretar contra quién o quiénes había de encausarse el procedimiento seguido en averiguación de culpabilidad por el asesinato de Susan Holyday. Serán leídas a cada testigo presente sus declaraciones, debiendo después contestar a cuantas preguntas les fueran hechas, por cuantos en esta sala están debidamente autorizados. El testigo cuyo nombre sea citado no es necesario se presente, sino que permanecerá donde se halla, haciéndole constar que incurrirá en perjurio y falsedad, si le fuera demostrada la intención de no aportar su buena fe.

Leyó después la declaración prestada por Héctor Dupont, ante Wallace, y la posterior ante el fiscal Montgomery.

Al término interrogó Carleton, abandonando el estrado, para

pasear delante del compartimiento del jurado en que se sentaban los cinco convocados.

—¿Se ratifica en todo, señor Dupont?

—Me ratifico en todo.

—¿Considera, pues, indiscutible la culpabilidad de Barclay?

—No me pertenece juzgar, señor.

—Exacto. Es a los que me escuchan a quienes pertenece juzgar la mayor o menor buena fe de sus respuestas. ¿Cuántos años lleva regentando el «Siete Sirenas»?

—Doce con algunos meses, señor.

—¿Se considera amigo o enemigo de Rufus Barclay?

—Nuestra relación fué meramente circunstancial.

—¿Nunca sostuvieron discusión alguna?

—Le expulsé de mi barco porque provocaba constantes altercados.

—Debo advertirle, Dupont, que usted no ignora mi condición de funcionario de policía, legalmente autorizado, para influir en la revisión del atestado. No le considero, en modo alguno, un testimonio moralmente digno. ¿Tiene algo que objetar?

—Declaré y estoy dispuesto a declarar siempre de acuerdo con mi propio interés, puesto que no se me solicita como testigo de moral irreprochable. Y es mi interés que sea comprobada la completa inocencia de todos los que formábamos compañía.

—Una sola pregunta más, Dupont. En noviembre del año pasado, ¿presentó usted en la oficina de inscripción de Nueva Orleans, sección artística, una petición para abrir un establecimiento llamado «Las Siete Sirenas»?

—Sí, señor —dijo Dupont, súbitamente erguido.

—Especificó que sería un local destinado a espectáculos artísticos de alta categoría, exclusivamente «*ballets*». Iba usted acompañado de Manon Lesurc, y en conversación particular, de la que he obtenido constancia, el funcionario sacó la neta afirmación de que sería regidora y primera bailarina Manon Lesurc.

—Cambiamos después de idea.

—Cierto… Cuando regresaron de Arkansas y ella se marchó con Jimmy Benton, del que ella se había enamorado allí, precisamente en Arkansas, donde murió Susan Holyday. Nada más, Dupont. La defensa y el señor fiscal no dejarán de estudiar esta particularidad.

¿Quiere hablar, Dupont?

—Para decir lo que se impone. Si ofrecí a Manon un gran porvenir en establecimiento fijo, fué por creerlo productivo, no por razones amorosas. Y añado que si hubiera querido vengar supuestos incumplimientos o desprecios, me baso en mi escasez de moral pública para asegurarle que yo no me habría equivocado, ni habría elegido mi propio barco para perjudicar mi interés.

—Hay reclamos especiales, Dupont. Nada más.

Le tocó el turno a Peggy Nolan.

—Seré breve, Peggy. Ya nos conocemos. ¿Puede dar fe de su actuación entre cuatro y seis de la madrugada, en que tuvo lugar la muerte de Susan Holyday?

—Estaba durmiendo en mi alcoba, señor Carleton.

—Pero admitió haber oído contar a una criada la antigua relación entre Manon Lesurc y Rufus Barclay.

—Sí, señor Carleton. Y particularmente con usted, antes de saber que era policía y abogado, admití que pensé matar a Manon Lesurc, pero carecí de valor para hacerlo.

—¿Admite haber hablado a solas con Manon Lesurc, aquella tarde a las seis aproximadamente?

—Sí.

—¿Ella la maltrató?

—Me empujó desconsideradamente.

—¿No tuvo ocasión de conocer a Rufus Barclay?

—No. Vi su foto al día siguiente de la investigación.

—Muchas gracias, señorita Nolan.

La criada negra, Sarah, miró con simpatía a Carleton. Era un caballero bien educado, y sin orgullo, pese a sus muchos estudios.

—¿Qué tal se encuentra, Sarah?

—Siempre viviendo, señorito Roland.

—Dijo que no había oído nada, y que sólo cuando su despertador sonó, para avisarle que debía ir a trasladar a Susan Holyday, la vió muerta, avisando al instante a Dupont. Y que fué usted también a preguntarle al maestro Luchesi si sabía algo. Lo justificó alegando que Luchesi mostraba demasiada tendencia a proteger a Susan, con fines interesados. ¿De qué clase, Sarah?

—No es decente repetir lo que me dijo Susan, la pobrecilla. Pero ésta es la casa de la Ley. El maestro Luchesi recibió más de una

bofetada, pero también he de decirle que el maestro es un pedazo de pan, sólo que es un viejo verde, eso es.

—Bien. ¿En quién pensó, apenas vió muerta a Susan?

—En Dios que castigaría al culpable, porque Susan, la pobrecilla, no era mala.

—¿Era malo Rufus Barclay?

—Era, es y será, hasta su fin, un señorito extraviado.

—Muy bien, Sarah. Usted y Nesbit son dos buenos negros.

Janis Olsen escuchó muy atentamente la lectura de su propia declaración. Miró después con recelo al guapo pero inquietante policía.

—Su testimonio es grave, señorita Olsen. Diré que es esencial. Y esta reunión tiene el carácter de ratificación en las declaraciones. ¿La ratifica en todo?

—Sí, en todo.

—¿Por qué bebía tanto Susan?

—No es que bebiera mucho, Es que no sabía beber.

—¿En qué consiste saber beber?

—¿Bromea, señor?

—No estaríamos todos aquí para escuchar chistes. Expóngame en qué consiste, a su juicio, la diferencia entre beber y saber beber.

—Nosotras, al sentir los primeros efectos del mareo, tomábamos café sin azúcar, y sal de frutas. Comíamos emparedados, porque la bebida, cayendo sobre alimento, daña menos. En cambio, Susan bebía en seco.

—Pero usted, cuando la invitaba a beber le…

—¡Yo nunca lo hice! Pero sí lo hacía Manon… Decía que Susan era feliz cuando estaba embriagada, y ella misma pagaba el champaña que Susan bebía… Aquella misma noche no se hubiera embriagado Susan si no hubiera aceptado las invitaciones de Manon.

—Basta. Nada más, Janis. Han tomado nota taquigráfica de lo que acaba de declarar. ¿Por qué no amplió entonces este punto?

—Fué más tarde cuando empecé a pensar, pero sólo me conducía a una deducción. Manon no podía saber que Susan iba a ir a su camarote; hubiera sido monstruoso…

—Apreciaciones, que hará el jurado legítimo. Ha llegado su turno, señor Burns. No consta más que como concurrente al barco

aquella noche, y por haber discutido con Manon Lesurc, guiado del noble afán de impedir que su sobrino persistiera en su propósito de abandonar su empleo y su ciudad. Y honradamente ha declarado usted al comisario Wallace que era incapaz de determinar la hora exacta de su regreso al domicilio conyugal. Lo estimo prueba de su honorabilidad, puesto que podía fácilmente haber forjado la coartada.

—No la necesitaba, señor.

—Pero amenazó de muerte a Manon Lesurc. Le dijo textualmente, según dos testigos: «Estrangularla sería para mí como desinfectar un traje. No sería un crimen». Salió del barco hacia las dos. ¿Llegó a su casa hacia las tres?

—Creo que tardé bastante más.

—¿Unas dos horas más?

—Posiblemente.

—¿En qué las empleó?

—Estuve largo tiempo sentado en la base de la columnata del templo griego, que era antes el teatro de recitales.

—Le vieron. Y dista apenas Unos minutos del muelle Rock Point. Para ser más exactos, de la punta en que anclaba el «Siete Sirenas», hasta el bosquecillo que rodea el templete griego habrá, según un plano adjunto al expediente de revisión, unos doscientos metros. Se conserva usted ágil y fuerte, señor Burns, como toda persona metódica.

—No me encaramo como una mona por cadenas de barco, señor Carleton. Y lo que es más… Lo dije a Wallace. Si algún día tuviera que matar a alguien, lo haría, pero después iría a entregarme. No aceptaría que otro pagara mi delito.

—Pero, le consta que un enajenado mental no será castigado.

—¿A dónde nos quiere conducir, señor Carleton? ¿No hizo ya bastante daño su protegida?

—¿A qué protegida se refiere, señor Burns?

—Usted pretende exculpar a Barclay, y no me parece mal. Pero está protegiendo a Manon Lesurc al buscar entre nosotros, los que teníamos afecto a Jimmy Benton, un posible asesino.

—No alcanzo a comprender su argumentación, señor Burns. Si yo pretendiera proteger a Manon Lesurc, suponiendo que mi moral me lo permitiera, ¿contra qué la tenía que proteger?

—Contra la acusación de haber provocado deliberadamente un estado anormal entre nosotros, que ahora la favorece, señor Carleton, para crear dudas acerca de si Barclay mató o no mató, si fué instigado o no… O sea que la equívoca actitud de Manon Lesurc le permite forjar una cadena de eslabones que arroje la duda. Le conozco, señor Carleton, y mientras siga considerándome un ciudadano con el derecho a disponer de mi pensamiento y del uso de la palabra, repudio su mal empleo de la inteligencia ¡Aunque defienda la verdad completa, aunque pretenda defender a Rufus Barclay señor Carleton, no es leal su actuación! Una mujer sin escrúpulos, una artista dicen ustedes, una egoísta sin maldad, nos quieres hacer creer… causó mucho daño, y no basta… Hay que sacar a gente pacífica de sus casillas… Hay que complicarla, hay que comprometerla…

—Usted mismo se excita sospechosamente, señor Burns. No puede tolerar mi actuación, y sin embargo se considera un ciudadano amante de la verdad. ¿Es que las salpicaduras de todo proceso le pueden perjudicar en algo, señor Burns?

La voz que contestó inesperadamente, fué otra.

—Déjalo ya Abe. Te agradezco tu temor, pero ya no importa. Pregúnteme a mí, Carleton. Yo, Sidney Benton, asfixié a Susan Holyday creyéndola ser Manon Lesurc, y tuve apenas tiempo de esconderme cuando entraba Rufus Barclay. Yo maté… y el pobre loco acuchilló un cadáver. Supongo que Abe me vió entrar y salir del barco. Nunca hablamos de esto… No se impaciente, Carleton. Si me han pagado el viaje, tengo derecho a hablar yo. En mi crimen, no hay atenuante. Pero también tengo mi egoísmo. Puesto que un loco iba a ser recluido, no tenía yo por qué confesar la verdad. Lo hubiese hecho, si Rufus Barclay hubiera recuperado el juicio. Lo he hecho ahora, porque es el colmo que molesten a una criatura como Peggy, o a un terco viejo como Abraham Burns. No me mire así, Wallace. El único reproche que cabe hacerme, es no haber matado adecuadamente, y puesto que me manché las manos, debía continuar, hasta acertar. ¿Qué quiere preguntar, Carleton?

—¿Habló usted con Barclay al atardecer…?

—Estaba agazapado entre las rocas. Le invité a ser hombre… He sido cantante, y tengo aún tres registros. Fué el grave el empleado para invitar a Barclay a terminar con Manon Lesurc. Hoy empleé el

registro que llamo monocorde, en el estrado. Adiviné de qué se trataba, cuando hicieron repetir la frase: «Hay que ser hombre, amigo».

CAPÍTULO XI

Manon Lesurc rebatió con impaciencia:

—Ya está bien, Jimmy. Que sea la última vez que entres aquí como un hombre dispuesto a imponer tu autoridad. Te lo dijo Merriman, ayer noche. Esta tarde han de venir los fotógrafos. Les espero, y has de ir acostumbrándote a que nos veamos cuando yo lo quiera, no cuándo tú pretendas imponerlo. Y en vez de hacerme escenas, harías mejor en indagar por qué tu nuevo amigo Carleton siente tanto interés por ti y por Peggy Nolan.

—¿Qué le pasa a Carleton?

—Pues que es sencillamente un policía de Nueva Orleans. Era amigo de Rufus Barclay. Y te consta que no quedó muy claro lo referente a la muerte de Susan. Los dos viejos estúpidos que te defendían como una nodriza a su bebé, pensaron atemorizarme. Ya era hora que supieras que fué una suerte para ellos que Barclay se declarara culpable. Lo hubieran pasado mal.

—¿Te atreves a insinuar…? Eres una insensata.

—Lo somos. Vete, Jimmy. Van a venir de un momento a otro los fotógrafos.

—Pueden esperar.

—Escucha, Jimmy. Ya estoy harta de soportar tus intemperancias de niño mal criado y consentido. Hemos terminado. No vuelvas más, porque aunque te arrastraras no habría de hacerte caso.

—Parece como si te gustara jugar con fuego, Manon. Lo que Barclay no supo acertar, tal vez yo sepa…

—Reflexiona y comprenderás que yo me debo a mi vocación. Lo nuestro fué hermoso y ya terminó. Te recordaré con afecto, y separémonos amistosamente. Merriman me ha prometido

encontrarte un empleo bien pagado, de contable, en su oficina. Cada uno nace con su destino. Te lo advertí. Yo no puedo ser una esposa vulgar y envejecer aburrida… Anda, Jimmy, despidámonos sin rencor.

—De acuerdo. Pero ¿qué insinuabas de mis nodrizones?

—Pregúntale a Carleton. Adiós, Jimmy. Ya nos veremos de vez en cuándo…

—Es posible. Adiós.

* * *

Manon Lesurc terminó de ceñirse el corpiño ante el espejo. Tardaban los fotógrafos, que debían plasmarla en diversas posturas de baile para las revistas y programas.

Acudió presurosa al oír los pasos en la antesala. Un hombre solo…

Dilató los ojos, retrocediendo.

Rufus Barclay sonreía sardónicamente.

—No te inquietes, tesoro.

—¡No avances un paso!… ¡Tú… estabas…!

—Loco, y recluido. Pero he mejorado mucho, mi vida. Tanto es así que los fotógrafos han aceptado esperar cuando les he dicho que yo era tu apoderado y era necesario que esperasen… No me he escapado, sino que me han liberado, provisionalmente, puesto que hay ya quien confesó su crimen. ¿Qué miras así…?

Los ojos de ella parecían fascinados por el lento movimiento en péndulo del índice y pulgar derechos de Rufus Barclay, que sostenían verticalmente en alto, cerca de la sien, un cuchillo asido de la afilada punta.

—¿Esto?… No es para ti, si devuelves la tranquilidad a mi espíritu… ¿Quién mató a Susan Holyday? ¿Yo? Un hombre que ama con locura, sabe diferenciar el oropel del oro… No grites, Manon… Este cuchillo iría a clavarse en tu garganta. Medita serenamente, Yo he pasado meses recluido, y he sanado. Te miro con asombro, porque sigues siendo bonita, pero no consigo comprender cómo me enloqueciste. Acabo de ver salir a Jimmy Benton, otro idilio tuyo. No debes elegir románticos para tus idilios.

—Si das un paso…

—Los di, ya no los doy. ¿Sabes qué han detenido a Sidney Benton?

—Deja… que llame a los fotógrafos… No puedes seguir así, pretendiendo aterrorizarme. Yo no te hice ningún daño. Te lo hiciste tú mismo.

—Siéntate. Es posible que venga a interrogarte Carleton, pero antes hablaremos tú y yo, privada e íntimamente. Yo estoy descartado, pero tú no.

—Me causa un efecto extraño verte, porque…

—No llegarás al timbre ni al teléfono, y es mejor pues que te sientes. No he de matarte, porque me encarcelarían, y quiero volver a mi ciudad. Pero no me tientes. Eso es, siéntate y atiende. Yo he oído cómo se acusaba Sidney Benton, y he callado quién me invitó a visitar tu camerino a las cinco en punto. Todo se presentó a pedir de boca. Dos provincianos alterados, una novia furiosa, y yo rondando. La ocasión más propicia para librarse de Susan Holyday.

—Té escucho, pero no te comprendo.

—Entré en el camerino y algo me golpeó blandamente el rostro. Atribuí a un mareo lo que era éter empapando un algodón. Y cuando me recobré tenía mi cuchillo en la diestra, sangrando… Huí sin control. Pero lo que he callado ante la policía, lo vamos a compartir, Manon. Cuando quiera te llamaré, y vendrás dócilmente. Te echaré cuando me parezca, como haces tú… No digas que estoy loco, porque te das perfecta cuenta de que estoy del todo cuerdo.

—Lo que quieras, querido.

—Eso es. Dócilmente. Era preciso que os libraseis de Susan…

—Acabas de decirme que Sidney Benton se ha confesado culpable. No sé lo que pretendes, pero ya no me asustas. Sigues queriéndome, ¿verdad?

—Locamente, éste es el término exacto. Pero ya no estoy pendiente de tu limosna, sino tú de mi capricho. Si quieres, puedes llamar a los fotógrafos. Tan pronto entren, diles por qué tú y Dupont matasteis a Susan.

—Como quieras, si es tu capricho. Pero ¿por qué razón iba yo a ser cómplice de un asesinato?

—Fué un cuchillo como éste, comprado por mí, pero ¿fué o no fué Dupont el que me invitó a ir a las cinco?

—Tú sabrás. No puedo estarme aquí mucho tiempo más…

—Los fotógrafos te retratarán: «La Muerte del Cisne»…, ya que persistes en querer engañarme…

—¡No, Rufus! ¡No puedes…!

—Dame la razón. Siempre la razón, porque no soporto que me contradigan. ¿Embriagaste tú a Susan? ¿Le dijiste que te esperase en tu camerino para tratar un negocio amistoso? ¿Avisaste a Dupont que Susan sabía ya todo lo referente al contrabando de drogas?

—Estás loco, completamente loco, pero no puedes hacerme, daño, porque si estás libre no pudiste encaparte, o te habrían ya venido a buscar aquí… ¿De qué drogas hablas?

—Tú no tenías dinero, ni lo querías ganar salvo bailando. Y dejas Nueva Orleans, para tomar lecciones durante meses y actuar en un local de gran categoría, donde te admitieron porque no cobrabas. ¿De dónde sacaste el dinero para pagar este hotel, tus lecciones en la escuela de la Walenkaya…?

—Me lo prestó Dupont.

—Dupont no presta dinero. Lo juega si tiene cuatro ases. Lo regala si le conviene. ¿Qué dirás, si Carleton te pregunta de dónde sacaste el dinero necesario para vivir así?

—Soy hermosa y…

—No te vendes. Verás… Recordé lo que pasó cuando te contrató Dupont. Acababas de conocer a un piloto mercante llamado Lesurc. Un pariente tuyo, lejano, residente en las Antillas. Yo sólo puedo reconstruir toda la verdad. Porque estuve loco. Los demás, muy sensatos, se guían por las verdades lógicas. Yo no.

—Tu imaginación es portentosa.

—Porque con ella, por única compañera, fui recobrando el juicio. Convencido el marino antillano de que eres inteligente y que sólo aspiras a llegar a ser una gran bailarina, te proporciona los medios de hacer dinero en un solo viaje. Llevarás la droga, y te haces contratar por Dupont. Pero Dupont es un tunante. Adivina que quieres emplear su barco como medio de llevar la droga a donde te dice Lesurc. Pide participación, y aceptas. Te obliga a que formes con él una sociedad, y de pronto Susan, ignoro cómo, se entera. Pide su parte. Podrá abstenerse de beber cuando le exijan que lo haga. Beberá cuando quiera. Le prometes aquella noche, porque es la propicia, con tres presuntos asesinos rondando, que vaya a tu camarote, y recibirá la cantidad que ella pide. Ella está

alegre, y bebe para celebrar su próxima ganancia. Se duerme, y la asfixia Dupont con la almohada, y cuando yo entro, caigo anestesiado. Entonces mi cuchillo, manejado por Dupont, remata. El resto, sencillo.

—Benton se ha declarado culpable, dices.

—Porque quiere escudar a su cuñado creyéndole complicado.

—¿Qué pretendes?

—Lo que has oído. Estoy libre, y vuelvo a mi ciudad. Pero si tú y Dupont queréis seguir disfrutando de la libertad, acordaos de que soy el dueño de vuestra libertad. Como tú lo fuiste antes de la mía… Puedes pretextar que estoy loco, pero encontrarán al marino Lesurc, si hablo. Sabrán que tomaba drogas, además de traficar con ellas. Y por último verán que la habilidad de Dupont consistió precisamente en aparentemente ir contra su interés, si hubiera sido sospechoso de crimen, en una infeliz como Susan.

—Todo es invención tuya, pero aparentemente es cierto que mi primo Lesurc es marino, y morfinómano. Es cierto que he vivido estos meses con dinero que me prestó Dupont… El resto es invención tuya.

—Ya puedes llamar a los fotógrafos.

—Me empolvaré un poco.

—Eso es.

Ella entró en su alcoba, corriendo hacia el ropero. Reapareció, empuñando una diminuta pistola.

Se aproximó sobre la punta de los pies… Y apretó repetidamente el gatillo contra el hombre que, dando la espalda, seguía sosteniendo verticalmente en su diestra el cuchillo.

CAPÍTULO XII

Warren Wallace, pese a su corpulencia era ágil. Fué voluntariamente brutal.

Retorció en alto el brazo femenino, y los balazos repiquetearon contra el artesonado del techo.

Veía surgir a otro hombree… Roland Carleton. Y oía hablar al que cerrando el cuchillo lo colocó encima de la mesita, volviéndose:

—Mientras acudías, ellos entraron por el cuarto de baño, con la llave maestra. Sólo yo podía hacerte hablar tan elocuentemente Manon, con los disparos que pensabas dedicarme. Hay un magnetófono que ha registrado cuanto hemos hablado.

—¡Yo… no podía estar a expensas de un loco… y por eso disparé!… Todas son invenciones de un cerebro enfermo…

—Dígaselo al fiscal. Aquellos dos ciudadanos la llevarán adecuadamente, señorita Lesurc.

* * *

Héctor Dupont pestañeó, al acabar de ajustarse el batín, tras abrir la puerta de la habitación de su hotel.

—Buenas noches, comisario. ¿En qué puedo servirle?

—De poco. ¿Sabe que Barclay ha recobrado el juicio?

—Peor para él.

—Pretende que hemos de establecer qué clase de relación comercial tenía usted con un marino mercante llamado Henri Lesurc.

—Visitó el barco, y se dijo pariente de Manon.

—Tomaba morfina.

—Puede ser.
—Proporcionó drogas a Manon.
—Pregúnteselo a ella.
—Lo ha admitido.
—Allá ella.
—Pero dice que usted participaba…
—Rotundamente, no. Si me dedicara a esta clase de negocios, no emplearía mujeres.
—Lo supuse, pero las apariencias dan la razón a Barclay. Y más cuando, a raíz de oírse acusar, ella le disparó. Barclay afirma que usted le citó a las cinco, aquella madrugada…
—Puede también afirmar que yo maté a Susan.
—Eso dice. Y lo admite Manon.
—Veamos, comisario. Usted goza de fama de justo. ¿Me cree capaz de ser tan ingenuo?
—No, francamente no. Pero si Manon le acusa, yo vengo a detenerle, y usted convenza a sus acusadores.
—Puedo demostrar que nunca vendí drogas, ni… ¡Pero es absurdo todo esto, comisario!
—Manon dice que usted le entregó tres mil dólares.
—Un préstamo.
—¿Dónde consta?
—En ningún sitio. Ella sabía que conmigo no se juega.
—Pretende Carleton que éste es el precio del silencio.
—Las apariencias…
—Acusaban a Barclay. Ahora a Manon y a usted. ¿Es cierto o no que Lesurc, un morfinómano, detenido por tráfico, y muerto en la cárcel de Nueva Orleans, visitó a Manon a bordo?
—¿Y qué?
—¿Es cierto que Susan aquella noche bebió demasiado, invitada por Manon?
—Sucedía otras noches.
—Manon persiste en que todo eran divagaciones de loco, pero pretendió matar al loco. Y Sarah admite que Manon tenía éter en su tocador.
—Lo empleaba como limpiador de poros.
—Barclay afirma que al entrar en el camarote, después que usted le citó a las cinco, recibió en la cara un algodón empapado en

éter. Cuando recobró el sentido, tenía en la mano el cuchillo ensangrentado.

—¿Por qué no lo dijo entonces?

—Estaba loco. Y repetidamente se lo había oído decir por los del personal del «Siete Sirenas». Ahora, los psiquiatras certifican que ha recuperado el juicio.

—Pero yo siempre he tenido el juicio despejado. Si Manon tenía drogas, allá ella.

—Ella reconoce que usted acuchilló a Susan, que pensaba obtener dinero para callar…

—No puede ella declarar tal falsedad. Exijo un careo. No me lleva detenido, comisario. Voy con usted a demostrar que todo esto es un compendio de absurdos forjados por un loco.

—Eso deseamos comprobar, Dupont.

—Además…, ¿no se ha declarado culpable Benton?

—Temiendo que el asesino fuera Abraham Burns. Él, como dice, ya no tiene por qué aferrarse a la vida. Pero es asunto ajeno al suyo, Dupont. Tendrá que esgrimir buenos argumentos para esfumar el cúmulo de sospechas.

* * *

Manon Lesurc contestaba exasperada. Aquellos tres hombres turnándose, reiterando preguntas, eran como máquinas obtusas, como gramolas…

—¿Por qué quiso matar a un hombre que no estaba amenazándola? Bastaba cerrar la puerta, llamar…

—¡Estaba inventando maldades para perjudicarme!

—Las invenciones no perjudican. ¿Le prestó tres mil dólares Dupont?

—Sí, sí, sí…

—¿Dónde consta?

—Le prometí devolvérselos.

—Dupont no acepta promesas. Terminaremos antes, señorita Lesurc. Usted no pudo impedir que Dupont fraguara el crimen, puesto que su primo le había entregado drogas…

—¡Nunca me entregó drogas! Las tomaba… pero… ¿Puedo beber un poco de agua?

—Tan pronto terminemos. Son ya dos horas, y estamos cansados. Díselo, Terry…

—Ha confesado ya Dupont.

—¡Exijo un careo! Que él delante de mí…

—Dale agua, Fred. Beba cuánto quiera, señorita Lesurc. ¿Admite su intención de matar a Barclay?

—Sí, sí, sí…

—Bastaba cerrar la puerta, y llamar. No se mata a un hombre que está de espaldas y no amenaza. Estaban presentes dos jefes de policía, y el magnetófono ya lo ha oído.

—¡Siempre dije que estaba inventando!

—Pero lo iba a matar. Empezaremos de nuevo con el cuestionario. Susan Holyday estaba ebria, y fué usted quien…

* * *

—Es inútil, señores. Podemos estar así hasta el día del juicio final. Lo que pueda decir un loco y lo que afirme una mujer asustada, me tiene sin cuidado. No puedo estar a merced de testimonios falsos. Yo dormí desde las cuatro y media hasta las siete y minutos, en que me despertó Sarah. Demuestren lo contrario.

—Con usted empezamos a cansarnos, Dupont. Es distinto interrogar a un ciudadano honorable que a un maleante listo. ¿Quiere llevarse una paliza?

—Hombre, no… Firmaré lo que quieran. Pero ya saben… Ante el juez hablaré del tercer grado.

—Llama al comisario Wallace.

* * *

Janis Olsen acudió recelosa, siguiendo al policía que la precedía.

—Pase.

Entró en el despacho donde, sentado, Héctor Dupont miraba alternativamente a Carleton y Wallace.

—Pregunte a Janis, Dupont.

—¿Tú oíste, nada la noche en que murió Susan?

—Nada.

—¿Te dijo algo Susan referente, a drogas?

—Bueno… Me dijo que Manon tenía éter.

—Estos señores pretenden que yo maté a Susan.

—¡No! ¿Por qué iba usted a…?

Janis Olsen permaneció un instante boquiabierta. Colérico, apremió Dupont:

—¡Habla de una vez, Janis!

—Bueno… Usted sabe que aquella vez en Helena, cuando registraron el barco y buscaban drogas. Y Susan dijo que no las encontrarían, porque usted no era tonto.

—Ya basta.

—Pero ¡esto era un modo de hablar! No significaba que Susan se refería a drogas… Pido un abogado. Es mi derecho.

* * *

Al tercer día de la vista declaró Rufus Barclay, en calidad de principal acusado, pero testigo voluntario.

Juró que Dupont le había citado para las cinco, pero que en el estrado de identificación no quiso delatarlo, porque quería proponer a la policía un medio de comprobar la complicidad de Dupont y Manon Lesurc en el asesinato de Susan Holyday.

El abogado defensor de Dupont recalcó que la enemistad de Rufus Barclay y su resentimiento le descalificaban como testigo.

El fiscal privado aludió a los disparos que no causaron la muerte de Barclay por intervención del comisario Wallace.

Janis Olsen adujo mayor confusión cuando estimó que podía ser posible que Susan Holyday creyera poder cobrar el precio de un chantaje, ya que habló de lo listo que era Dupont…

Admitió el tribunal, como indicio de prueba, la declaración, según la cual el camerino donde halló la muerte Susan Holyday olía fuertemente a éter, cuando Sarah descubrió el cadáver.

Alegó el defensor de Dupont que era un olor habitual procedente del tocador.

La causa siguió con comentarios contradictorios. El veredicto fué laboriosamente discutido en sesión de cinco horas por el triple jurado.

El que entendía de la culpabilidad de Rufus Barclay la

determinó, como existente, pero atenuada por esquizofrenia pasajera.

Los que debían apreciar el grado de responsabilidad en que incurría Manon Lesurc, que sabiéndose amenazada permitió que Susan Holyday durmiera en su camerino, colaborando a embriagarla, asintieron de pleno a la pregunta de si era o no culpable de pretender dar muerte a un hombre indefenso, cuando pudo pedir auxilio.

Contestaron también afirmativamente a la pregunta de si había sido atraído a bordo Rufus Barclay.

Los que examinaron el expediente con los antecedentes de Henri Lesurc, contestaron afirmativamente a la pregunta de si era o no Dupont un antiguo fichado que había participado en contrabando de drogas, doce años antes.

El veredicto triple condenó a Rufus Barclay a cinco años de reclusión, por homicidio comprobado, con la atenuante.

Absolvió a Héctor Dupont, con la reserva de libertad provisional hasta que fuera cerrada la investigación destinada a hallar pruebas de tráfico de drogas.

Condenó a tres años de reclusión menor a Manon Lesurc, por imprudencia temeraria, que causó indirectamente, la muerte de Susan Holyday, y a un año por intento de asesinato en la persona de Rufus Barclay, empleado como testigo voluntario.

La sonrisa de Barclay era amablemente complacida cuando los fotógrafos dispararon sus focos contra los tres procesados.

* * *

—Dígame particularmente, Carleton, ¿inventó en los meses de reclusión Barclay todo este conglomerado?

—Es muy posible, señor. Sólo una persona puede decirnos la verdad, y para esto tenemos que esperar a reunimos en el otro mundo con Susan Holyday.

* * *

—El retorno del hijo pródigo. Es mejor así, Jimmy. En silencio,

el abrazo y vuelta a empezar. Borrón y cuenta nueva, Y también tú estarás mejor en Arkansas, Peggy. Somos provincianos y hasta mintiendo se nos nota, Sidney. Pensabas que Abe se estaba complicando y que tú lo ibas a arreglar.

—Agua de borrajas, comisario —dijo severamente Abraham Burns, acomodando la almohadilla tras su cabeza, instalado junto a la ventanilla del pasillo del tren expreso—. ¿Y si no fuera invención lo que declaró Barclay? Está libre el granuja de Dupont.

—Caerá por otro concepto. Mi última pregunta, Jimmy… ¿Te duele algo?

—Pensar en Barclay… Él me salvó… ¿Quién le salvará a él?

—El tiempo, jovencito, eso es —rezongó Abraham Burns—. Díselo ya, Sidney.

—La suave Esther estuvo amargando la vida a Abe, hasta que fué calmándose. Si al transcurso de los días, hasta ella se suavizó, ahí tienes la prueba, muchacho. Todo se olvida, y no debes repetir que fuiste un ingrato. Ya sabes ahora lo que es sufrir.

Peggy Nolan se contentaba con sentir contra su codo el contacto del brazo de Jimmy Benton.

Y el comisario Warren Wallace dibujó una interrogante con la boquilla de su pipa. ¿Existía una verdad, absoluta? Había que demostrarlo, y era difícil en casos complejos donde intervenían una egoísta, un cínico y un hombre que recuperando su razón, había expuesto móviles suficientes para sembrar la confusión en torno a una muerte misteriosa.

Era su primer caso sin rotunda solución. Como la vida misma… Dudas, indecisiones, conformidad, ignorancia del mañana…

Se durmió plácidamente. No había injusticia en el triple fallo. La humana verdad tenía sus limitaciones.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.